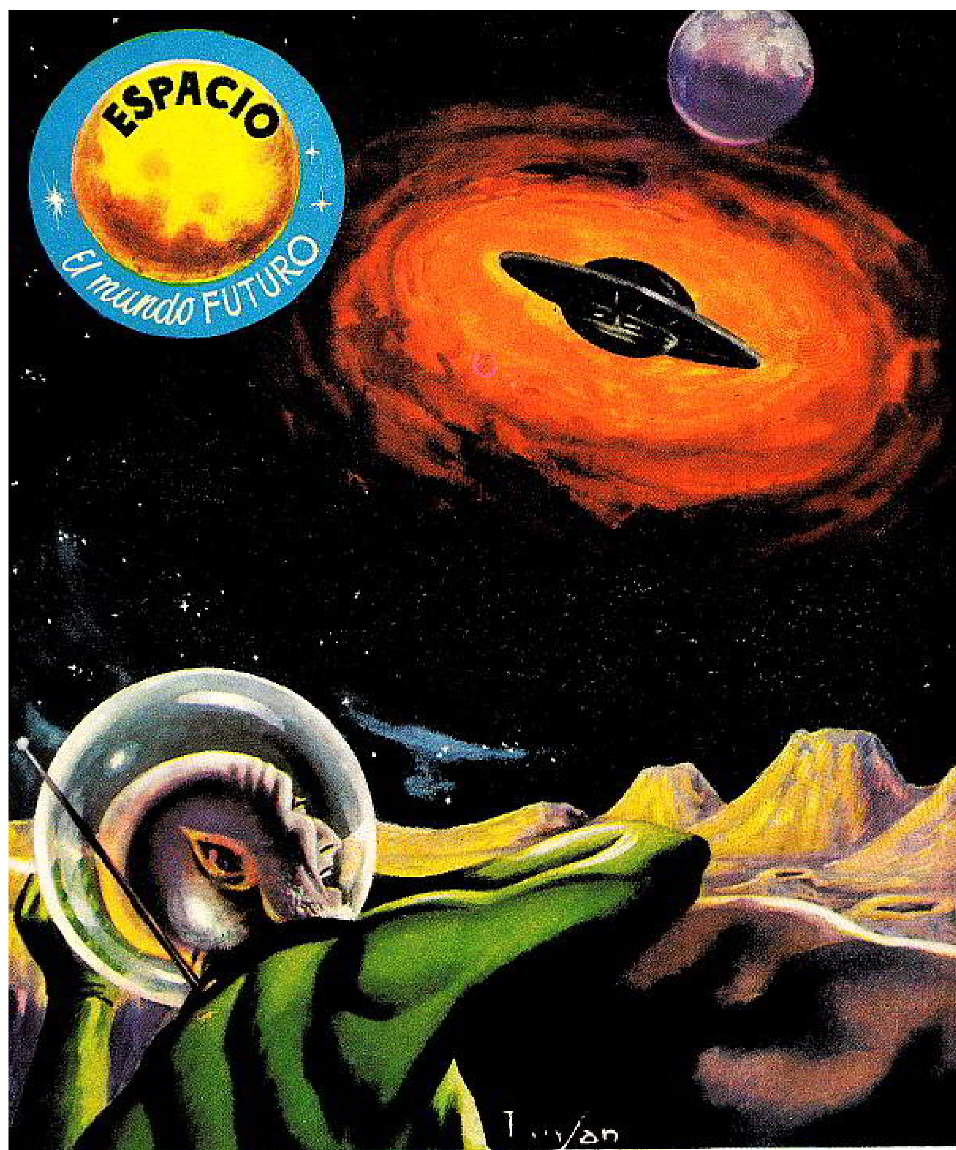


OBJETIVO: LA LUNA

FEL MARTY

¿El objetivo? La Luna.

Levantaron todos la cabeza y miraron al cielo por la claraboya de cristales. Nunca les había parecido tan cuajado de estrellas, tan impresionante en su grandeza, como les había parecido jamás tan tremendamente siniestra la Luna.

Estaba allí, redonda, brillante, con sus ojos de sombras de abismos, con su a modo de cara achatada y plana, igual que si les desafiase desde la inmensidad de la distancia.

Pero no era la Luna en sí lo que les impresionaba. La Luna no era más que un satélite, mucho mayor que los que los hombres habían lanzado a los espacios y giraban constantemente en torno a la Tierra, sirviendo de avanzadillas para anunciar peligros, de vigías para señalar alarmas.



Fel Marty

Objetivo: La Luna

Bolsilibros - Espacio - El Mundo Futuro - 98

ePub r1.0
LDS 21.10.18

Título original: *Objetivo: La Luna*
Fel Marty, 1958
Cubierta: Fernan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




OBJETIVO:
La luna
HUESCAR

CAPÍTULO PRIMERO



l objetivo? La Luna.

Levantaron todos la cabeza y miraron al cielo por la claraboya de cristales. Nunca les había parecido tan cuajado de estrellas, tan impresionante en su grandeza, como les había parecido jamás tan tremendamente siniestra la Luna.

Estaba allí, redonda, brillante, con sus ojos de sombras de abismos, con su a modo de cara achatada y plana, igual que si les desafiase desde la inmensidad de la distancia.

Pero no era la Luna en sí lo que les impresionaba. La Luna no era más que un satélite, mucho mayor que los que los hombres habían lanzado a los espacios y giraban constantemente en torno a la Tierra, sirviendo de avanzadillas para anunciar peligros, de vigías para señalar alarmas.

La Luna seguía siendo como miles y miles de años antes, tierra muerta, sin aire, sin vida. Aunque sin vida no. Allí vivía el enemigo, con sus monstruos mecánicos, con sus seres de pesadilla. El Hombre

de la Luna le llamaban. Más, ¿quién lo conocía? Nadie.

Sin embargo, no era un ente ficticio. Le conocían por sus actos. Nadie le había visto y todos le tenían presente en su pensamiento. Todos temblaban a su simple mención. ¡El Hombre de la Luna!

Porque de que era un hombre estaban seguros. De cuando en cuando les hablaba. ¿Cómo, de qué medios disponía para hacerlo? También eso era un misterio. Y sólo un hombre podría hablarles como hombre.

Tenían la seguridad de que odiaba a la humanidad, que había buscado refugio en la Luna para apartarse de sus semejantes y para ir realizando paulatinamente sus tenebrosos designios.

Se burlaba de ellos. El día antes les había dicho:

—Preparaos, hombres, está llegando vuestra hora.

«Es un loco», habían dicho algunos, otros se rieron de sus profecías.

Más los que representaban el gobierno único de los humanos, tenían la certeza de que no se trataba de locuras ni de profecías. Que el peligro estaba latente, que un día u otro el Hombre de la Luna acabaría quizá con ellos si ellos no acababan antes con él.

Por eso, había convocado aquella reunión, donde el comandante Baltuk acababa de exponer su opinión al respecto.

—¿La Luna? —dijo uno, como asombrado.

Y otros repitieron lo mismo, con idéntico gesto de sorpresa.

—Poseemos medios suficientes para llegar hasta allí —añadió el comandante.

—¿Y luego…?

La pregunta la hacía una muchachita rubia, ataviada con el uniforme de los ejércitos aéreos. Su expresión era de viva inquietud, aunque no de miedo.

El comandante Baltuk volvió la cabeza y la miró. Ella sostuvo su mirada.

—¿Luego? —repitió el comandante.

Todos habían guardado silencio. La pregunta de la muchacha flotaba en el aire como una angustiosa pesadilla. La repetía el silbido de las respiraciones, el leve zumbido de los refrigeradores, el mismo silencio que a veces tiene voz, que en ocasiones es más elocuente que la palabra: «¿Luego, luego, luego?».

Al cabo de un rato Baltuk se encogió de hombros. ¿Qué podría

contestar? Nadie podía contestar a semejante pregunta. Sólo sabían que otros hombres habían ido antes que ellos a la Luna y que no volvieron.

—Acordaos de la expedición de los Urales —gritó uno de los reunidos, amarillento y gangoso.

—Y de la del Canadá —añadió otro.

En la mente de todos estaba el recuerdo de aquellas expediciones. Las componían aparatos interplanetarios soberbios, mucho más veloces que la luz. Estuvieron recibiendo noticias de sus ocupantes hasta que llegaron a las cercanías de la Luna. Después ya no supieron más de ellos. ¿Qué les había sucedido?

Bueno, sí lo sabían. El Hombre de la Luna les había destruido o convertido en sus esclavos. Quizá lo averiguasen si otros hombres iban a la Luna de nuevo.

Mas esta vez el viaje, de realizarse, no tendría un carácter científico como los anteriores, sino bélico. El instinto de conservación les movería a llevarlo a cabo. El Hombre de la Luna les había amenazado, y siempre cumplía sus amenazas.

El comandante Baltuk se revolvió, airado, contra los que refutaban su proposición, y les hizo callar.

—No queda otro remedio —dijo—. Si no vamos a él, vendrá él a nosotros. La Tierra, y la Humanidad están predestinadas a perecer. Nos hemos ocupado demasiado de nuestro bienestar material y hemos dado de lado al espíritu. Ahora todo es ciencia. Hemos llegado a creernos dioses cuando sólo somos hombres. Ahí tenéis nuestras grandes ciudades, nuestros ingenios. Vivimos en la febrilidad del momento, sin ocuparnos del mañana, de ese mañana que inquietaba a nuestros antepasados, les hacía pensar en Dios…

Un coro de carcajadas le obligó a callar.

—¡Ha dicho Dios! —exclamo el de antes, el amarillento y gangoso, más gangoso que nunca, atragantándose al reír.

Y los demás rieron más fuerte, con mejor gana.

¿Dios, la religión? Supersticiones pasadas de moda.

De los reunidos, tan sólo la muchacha que había hecho la pregunta no reía. Pensaba en las palabras del comandante, repetía para sí: «¿Dios, Dios?».

Había oído hablar a sus padres de Dios. Creían también que eran supersticiones de sus antepasados. Y había leído libros antiguos,

olvidados en los más apartados rincones de las bibliotecas. Recordaba el de Papini: «Historia de Cristo». Lo había leído detenidamente.

Cristo era un hombre, como el comandante, como el gangoso, como cuantos le rodeaban y, sin embargo, distinto. Recordaba que su historia le había impresionado, profundamente. Dios hecho hombre para redimir al mundo. A pesar de todo, seguía imperando el odio, las envidias, los rencores.

Levantó la cabeza y miró al comandante. Con su barbita en punta, sus ojos azules y soñadores, tenía algo del Cristo de que hablaba Papini en su libro.

Lo único, que Baltuk no pretendía redimir a la Humanidad sino salvarla de perecer.

—Estás loco —añadió el gangoso—. Mira que venir hablándonos de eso. Deja a Dios, a tu Dios, tranquilo.

Baltuk giró la mirada alrededor. Todos tenían el mismo gesto de burla y de incredulidad, todos se reían de él y de sus ideas. Aunque todos no. Estaba ella, la pequeña Nadia, venida de las apartadas tierras de la India remota.

En la reunión había gentes de los más lejanos rincones de la Tierra: americanos, asiáticos, europeos, australianos, africanos. Distintos colores en la piel, distintas mentalidades. Se habían reunido al conjuro del peligro común.

Y el peligro común estaba arriba, en la Luna.

Instintivamente, volvieron a mirar al cielo. Infinidad de estrellas, brillando en los espacios, en racimos o aisladas. Multitud de generaciones las habían visto siempre igual, antes que ellos. ¿Quién las había puesto allí? ¿Quién permitía que siguiesen rodando y rodando siglos y siglos, sincronizados sus movimientos, como una máquina mucho más perfecta que las que ellos construían? ¿Dios?

Por un instante creyeron retroceder siglos en el avance de la Humanidad. Habían vuelto a pensar en Dios, como los hombres que se deslizaban por la Tierra en rudimentarios vehículos de motor a explosión, como los que mucho antes sacrificaron sus vidas en holocausto de un Ser al que otorgaban todo el poder de creación.

Para apartar de sus mentes tales pensamientos, volvieron a reír. Y rieron hasta parar los ojos en la Luna. Poco a poco fueron enmudeciendo.

Les pareció mayor que nunca, más amenazadora que nunca.

Destacaba, solitaria, en los espacios. Ni una nube para empañar su brillo. La luz de las estrellas que la rodeaban se amortiguaba con su brillo. Por encima de la claraboya del inmenso salón de sesiones, parecía venir hacia ellos, avanzar hacia la Tierra, amenazarles.

Entonces se sintieron pequeños, muy pequeños. Encogidos en los asientos, miraban para arriba. La Luna toda se les metía por la claraboya.

—De todos modos, hemos de hacer algo —añadió Baltuk.

Sí, había que hacer algo. El Hombre de la Luna les había dado pruebas de su poderío y de su maldad, de su odio hacia los hombres. Centenares de éstos desaparecían de cuando en cuando y el habitante de la Luna dejaba su tarjeta de visita en la Tierra. Una especie de cartulina fabricada con materiales desconocidos y escrita en el idioma Universal. Siempre ponía lo mismo: «Me llevo a estos hombres. Los necesito. Volveré a por más». Y firmaba: «El Hombre de la Luna».

Al principio, lo tomaron a broma. Fueron pocos los que desaparecieron. Tan sólo un centenar. ¿Qué significaba un centenar de hombres entre millones y millones de ellos?

Al cabo del tiempo aumentó el número de los desaparecidos y el terror empezó a apoderarse de los seres humanos. Lo que en principio consideraron como una broma acabó por constituir una seria inquietud. El Hombre de la Luna existía, no era un mito.

Alguien afirmó haber visto un extraño aparato volador planeando por encima de las montañas, en la noche. Porque era por la noche cuando las gentes desaparecían de sus casas. Se llevaba a cuantos vivían en ellas, para que nadie pudiese referir a los demás lo ocurrido.

Entonces fue cuando proyectaron la expedición de los Urales a la Luna. Mucho, antes ya habían estado allí, antes de que empezasen las extrañas y desconcertantes desapariciones. Los que fueron a la Luna se encontraron con un terrorífico y desolador paisaje: un suelo sin vegetación, sin vida.

Allí los humanos podían permanecer apenas horas. Les faltaba el aire para respirar y tan desolado era el paisaje, que el corazón no resistía semejante soledad.

Éste fue el informe que dieron los primeros exploradores de la

Luna. Los de la expedición de los Urales no dieron informe alguno, porque no volvieron a la Tierra. A los del Canadá les ocurrió lo mismo. ¿Por qué yendo mejor equipados y con elementos mucho más poderosos que los primeros exploradores del satélite les fue imposible, volver a la Tierra?

Ésa era la incógnita que angustiaba a los hombres, y eso era, también, lo que les llevaba a discutir la propuesta del comandante Baltuk. No obstante, en el ánimo de todos estaba la certidumbre del peligro. Un peligro latente, angustioso y deprimente.

La Luna, con su enorme boca de barrancos y precipicios, parecía burlarse de ellos.

Alguien pidió a gritos:

—¡Cerrad la claraboya!

Nadie contestó, nadie objetó nada. Sin embargo, la Luna les aterraba.

Sin ruido, lentamente, fue corriéndose la cubierta de la claraboya. Desaparecieron poco a poco las estrellas, Luego, la Luna, como si la cortasen con un cuchillo enorme, o como si una boca monstruosa fuese destruyéndola a dentelladas. Hasta que, al fin, dejaron de ver el cielo.

Ya no la veían. Ya podían discutir más tranquilos. ¿Más tranquilos? Nadie lo estaba. Tan sólo el comandante Baltuk y Nadia. Baltuk que creía en Dios y Nadia que recordaba al Cristo del libro de Papini. Los demás seguían viendo la Luna, la tenían clavada en la retina, como hundida en el cerebro. A través de la cubierta de la claraboya les llegaba su imaginaria luz, blanca, enfermiza, aterradora.

—Sí, hay que hacer algo —gritó alguien de pronto.

Y Baltuk, la voz ronca, el dedo apuntando al enorme mapa sideral, dijo:

—Tenemos que ir en su busca.

El dedo señalaba una pequeñísima esfera, una bola minúscula, un punto apenas entre las distintas bolitas de distinto tamaño, que representaban los mundos siderales, algunos conocidos ya por ellos, otros inexplorados aún.

—¿Y si nos ocurre lo que a los de los Urales? —objetaron medrosos.

—¿Y cómo a los del Canadá? —añadieron.

Baltuk tornó a encogerse de hombros. Eso era algo que sobrepasaba sus conocimientos, que no podía prever.

—Hemos adelantado mucho en los viajes interplanetarios —contestó.

—Pero la Luna es la Luna —gruñó el amarillento y gangoso.

—Y él está allí —chilló otro.

—Podemos esperar a ver qué ocurre —sugirió un tercero.

—¡Esperar, esperar! —gritó el comandante—. ¿Creéis que él nos dará tiempo? Además, ¿a qué hemos de esperar? ¿A que nos destruya?

—Puedes pedir amparo y ayuda a tu Dios —se burló uno, albino.

Baltuk se volvió a él y se limitó a mirarle de arriba abajo y a callar. Los demás reían el comentario del albino. Se sentían más tranquilos al no tener ante sus ojos la Luna. Empezaba a desaparecerles el miedo animal que les sobrecogía. Volvían a sentirse poderosos en su pequeñez. Incluso comparándose con las minúsculas representaciones de los mundos siderales, se consideraban grandes.

—Creo que desorbitamos la cuestión —graznó el amarillento—. Nosotros somos millones y él está solo. ¿Por qué hemos de temerle, como si fuésemos ratoncillos asustadizos? Si se atreve a acercarse a la Tierra, le destruiremos con nuestras armas.

—¿Le hemos destruido cuando ha venido otras veces? —tartajeó uno gordo y calvo, que hasta entonces sólo había hecho gruñir entre dientes.

Era verdad. En sus numerosos viajes a la Tierra, nunca habían conseguido ver al Hombre de la Luna. Lo más que vieron fue un extraño aparato que se elevaba sin ruido y que volaba a una velocidad muy superior a los de ellos. Más de una vez descargaron las baterías antiaéreas contra él, los proyectiles dirigidos, con carga atómica. ¿Y qué consiguieron? Nada.

Estaban seguros de haber acertado en el blanco.

Los mecanismos de precisión demostraron haber dado, con los proyectiles, en el aparato; sin embargo, éste continuó volando, llevándose a los hombres que acababa de secuestrar.

Enmudecieron. Llevaba razón el gordo, hablaban por hablar. El Hombre de la Luna tenía un poder demoníaco, superior al de ellos. Por eso, ¿quién era el que, sabiendo lo que sabían, se atrevería a ir

a la Luna?

En su fuero interno comprendían la inutilidad de discutir. Que si algo les detenía de emprender el viaje a la Luna era el temor a enfrentarse con el desconocido que habitaba el satélite, hombre o demonio, que les había amenazado con la destrucción total de la Tierra.

—Podemos esperar —propuso uno negro.

—Eso, esperaremos —añadió un personaje alto y extremadamente delgado, procedente de las remotas tierras del Tíbet.

Baltuk movió la cabeza, negando, y gritó:

—Tenéis miedo. Por eso no queréis ir en su busca. ¿Qué adelantaremos con esperar, decidme?

—El peligro no es inminente —adujo uno con voz insegura.

—¿Quién dice que todo esto no es mentira? —intervino otro.

—Llevas razón —chilló un tercero—. ¿Por qué hemos de conceder tanta importancia al Hombre de la Luna? ¿Cómo él sólo va a destruir a la Tierra, cómo él va a vencer a millones de hombres? Baltuk, no te conocemos, te estás acobardando y pretendes acobardarnos. ¿Y tú eres el comandante en jefe de nuestras escuadras interplanetarias, tú el primer viajero a Venus, tú…?

Súbitamente dejó de hablar. Se calló de repente, abrió mucho los ojos y prestó atención.

No, no era Baltuk quien le contestaba, tampoco el amarillento y gangoso, ni el del Tíbet, ni el negro, ni ninguno de los reunidos allí. Quien les hablaba era alguien desconocido y a la vez bien conocido por ellos. Su voz tenía matices extraños, era una voz sin eco, seca, tajante, dura y que, al mismo tiempo flotaba en el aire. Les machacaba los oídos, se les metía en el cerebro, les sobrecogía de espanto.

Era él, el Hombre de la Luna. No hacían falta aparatos receptores para captar su voz. Ésta surgía, de repente en el silencio de los campos dormidos o en el tumulto ruidoso de las grandes ciudades. Se imponía al silencio y a los ruidos. Era como un clarinazo de alarma. Atravesaba las paredes, rompía los muros y el aire la mantenía vibrando, igual a una espada que pendiera sobre la cabeza de los hombres.

Se oía en todos los confines de la Tierra, y el mundo se conmovía escuchándola. En aquel momento estarían oyéndola los asiáticos, los africanos, los europeos. La oirían los marinos en el océano inmenso, los obreros de las fábricas. Pararían sus máquinas los que trabajaban la tierra, se alarmarían los viajeros de los aires.

Como un inmenso anillo impalpable, la voz del Hombre de la Luna rodeaba a la Tierra.

Todos los reunidos en el amplio salón de sesiones se movieron inquietos en los asientos. Unos levantaron la cabeza al techo, otros miraron al suelo, hubo quien se puso en pie y giró la mirada alrededor, aterrorizado.

Sin embargo, nada podían ver. Sólo a ellos mismos, las paredes desnudas del salón, el suelo brillante, rostros angustiados, ojos inverosímilmente abiertos por el pánico, labios temblorosos, cuerpos empequeñecidos repentinamente por el terror.

Nadie se atrevía a hablar. Todos escuchaban. Y la voz aquélla, que la oían por la derecha, por la izquierda, por abajo y por arriba, les hablaba a ellos, a los hombres, sin dirigirse concretamente a ninguno y dirigiéndose a todos.

—Escuchadme —decía—. Sabéis quién soy, ¿no?

¡Claro que lo sabían! Sin embargo, nadie contestó. Hubiese sido inútil hacerlo. El Hombre de la Luna podía hablarles, pero no oírles. Además, ¿cómo hubiera podido escuchar tantos millones de voces?

El del Tíbet se dejó caer en el asiento y así, con gesto de espanto, paseó la mirada en su torno. Los demás estaban, sobre poco más o menos, como él.

—Naturalmente que lo sabéis —continuó la voz aquélla—. No es menester que os lo diga. Me figuro veros, os conozco bien. Seguís siendo como siempre habéis sido, como erais cuando vivía yo entre vosotros: cobardes, ruines, miserables. Estáis asustados. Os aterra oírme.

A más de uno le castañeteaban los dientes. Baltuk, en medio del salón, cerca del mapa sideral, pálido, tenía los ojos fijos en la pared de enfrente. Luego fue girándolos alrededor, parándolos en cada uno de los asistentes.

Allí estaba el representante del Estado Asiático, más amarillo que nunca, más pequeño que nunca. El delegado de la Federación Africana, con sus labios carnosos, con su cara redonda, con su pelo

crespo, temblando en el asiento. El de los Países Americanos, el de Europa. Todos ellos, con el espanto reflejado en los rostros, pendientes de las palabras del Hombre de la Luna, de la voz que flotaba en el aire, machacándoles los oídos y metiéndoles el terror en el corazón.

También estaba allí la pequeña Nadia. ¿Cómo sería rubia, viniendo de la India? Paró los ojos en ella más que en ningún otro. Y lo hizo no sólo porque sentía una extraña atracción por la muchacha, sino porque le estaba mirando. Casi sin darse cuenta de lo que hacía, la sonrió.

Ella sonrió también, aunque ambos sentían, en el fondo de su corazón, un temor semejante al de los demás, el temor a algo intangible y superior a sus fuerzas, el que debió experimentar el primer hombre que presenciara la explosión de la primera bomba atómica.

Pero aquello estaba ya muy lejano para ellos. En cambio, les aterraba oír una voz, la del Hombre de la Luna.

Éste continuaba hablándoles, amenazándoles:

—Ya sé que, si pudieseis, me pediríais clemencia y es posible que, incluso, me ofrecierais la dirección suprema de vuestro mundo. Sin embargo, no quiero nada con vosotros. Yo… pero no, iba a deciros quién soy. De nada os serviría saberlo. Moriréis sin averiguarlo, únicamente os diré que algún día creía en la humanidad, que en alguna ocasión os he llamado hermanos y ahora…

Hizo una pausa, que aprovecharon todos para cambiar miradas entre sí, y continuó a poco. La voz se hizo más metálica más ronca:

—¿Hermanos? Ni los que lleváis la misma, sangre en las venas os comportáis como tales. Asesináis por el placer morboso de matar, robáis por el gusto de apoderaros de lo ajeno, mentís sin siquiera pretender obtener beneficio alguno. No, no sois mis hermanos, sino mis enemigos. Aunque ni siquiera eso. Valéis demasiado poco para mediros conmigo. Y ahora…

Calló de nuevo la voz, y los hombres, los asiáticos, los africanos, los de América, los europeos y los australianos contuvieron las respiraciones. El silencio más absoluto reinaba en el salón. Si acaso, lo rompía el leve zumbido de los refrigeradores. La mayoría miraban al techo, a la bóveda cerrada que impedía ver la Luna y

que, a pesar de ello, veían imaginariamente.

Fuera de allí estarían también oyendo al Hombre de la Luna. Habrían parado las fábricas, los trenes, detenido su vertiginoso caminar sobre los raíles aéreos, todos habrían suspendido sus quehaceres y el pánico colectivo imperaría en las ciudades y en el campo.

Cada vez que les hablaba el Hombre de la Luna era para anunciarles alguna desgracia o prevenirles de algún mal que inexorablemente, afligiría a la humanidad.

Y aquella vez iba a anunciarles algo peor de lo que hasta entonces les anunciara. Iba a señalarles el plazo fatal en el que destruiría a la Tierra y, con ella, a los hombres.

—… Y ahora ha llegado el gran momento —anunció la voz—. Dentro de diez días, todo habrá terminado para vosotros.

Volvió a callarse y los hombres esperaron a que hablara de nuevo. Esperaron un minuto, dos… Luego, viendo que había callado definitivamente, muchas voces se elevaron, de pronto, en el salón. Todos querían hablar a la vez. Se atropellaban, tartamudeaban, gritaban y nadie se entendía.

El comandante Baltuk les volvió la espalda y puso los ojos en el mapa sideral. La minúscula bolita de la Luna le atraía poderosamente.

—¡Diez días! —murmuró.

Y ése era casi el tiempo que tardarían en llegar a la Luna. Forzando los aparatos interplanetarios, podrían hacer el viaje en ocho días. No había tiempo que perder. Era necesario emprender la marcha enseguida, antes de que el Hombre de la Luna se dirigiera contra la Tierra.

—Diez días —oyó que decían a su espalda.

Se volvió con rapidez. Era Nadia quien le hablaba. En pie, a su lado, parecía más menuda que nunca, aunque también más bonita.

Y sin cambiar palabra, los dos volvieron a fijar los ojos en el mapa sideral. La bolita de la Luna, blanca, como de plata, les obsesionaba, a derredor de ellos, los demás gritaban asustados, sin entenderse.

Diez días era un plazo muy corto.

CAPÍTULO II



alió a dar un paseo. Aquél era su mundo, sus dominios. Un mundo hostil, angustiosamente desolador. Ni una planta, ni una hierba, ni un animal que alegrase la vista. Sólo tierra calcinada, reseca. Montañas rotas en su cúspide por las bocas frías de los volcanes inactivos desde miles o millones de años antes; barrancos profundos, simas negras, en las que ni siquiera se escuchaba el tumulto de aguas encajonadas en lo hondo de sus ásperas paredes.

Ni aire siquiera, únicamente el suelo duro, de metales, de piedra, el suelo al que sólo tocaba cuando quería, porque sus paseos, su andar, era de zancadas largas casi como si volase.

Era un mundo hostil para los pocos hombres que habían llegado allí antes que él; pero no para él. Allí se encontraba a gusto. Amaba la soledad, aunque la soledad fuese como aquélla, agobiadoramente triste.

¿Los hombres? ¿Qué le habían dado los hombres? Cuando

pensaba en ellos se irritaba. Recordaba los años pasados. La guerra, aquella guerra cruel, inhumana, que había llevado a los hombres a exterminarse como alimañas. Ingenios fabulosos puestos al servicio del mal. Cañones que disparaban a distancia, con sólo apretar un botón en la cabina de mandos, proyectiles dirigidos, obedientes al mandato del hombre; aviones que llevaban en su interior explosivos increíblemente mortíferos y que dejarían caer en el momento y lugar oportunos, sin necesidad de nadie que les dirigiese ni soltara la carga. Guerra de continentes, guerra sin ningún fin práctico, a no ser el deseo de conseguir el dominio económico y político de unos hombres sobre los otros.

Y en aquella guerra fue hecho prisionero. Le separaron de su mujer y de sus hijos, para convertirle en una especie de rueda del engranaje científico que movía, la gran máquina de destrucción, puesta en marcha por amigos y enemigos. Era un científico capaz de llegar mucho más lejos que la mayoría de los sabios de aquel tiempo, en cuanto al dominio de las ciencias en boga.

Pero no por eso le hicieron objeto de un trato distinguido. Si cuidaban que estuviese sano y fuerte, era porque le necesitaban; mas nadie se preocupó de pararse a pensar que tenía un corazón como ellos además de un cerebro privilegiado. En el aislamiento de los inmensos laboratorios secretos, transcurrieron años de incertidumbre y de dolor. ¿Qué habría sido de su mujer y de sus hijos?

Cuando logró averiguarlo experimentó una sensación que ya no volvería a desterrar de su corazón: odio. Un odio profundo, ilimitado, contra sus semejantes. La guerra había terminado; pero ellos, los suyos, ya no existían. Habían muerto todos. Uno de sus hijos, en la ciudad destruida por un bombardeo atómico; la mujer y la hija, de hambre.

Además él seguía prisionero. El enemigo, los triunfadores, se resistían a ponerle en libertad. Los hombres de ciencia constituían un valioso botín de guerra, mucho más precioso que el oro o las mismas tierras conquistadas. Y siguió trabajando en las profundidades subterráneas de los laboratorios y de las fábricas dedicadas a conseguir cada día un mayor perfeccionamiento mecánico, con olvido del elemento humano.

Allí trabajó hasta que consiguió escapar. Su huida constituyó

una odisea. Hubo de vencer infinidad de obstáculos y dificultades, en las que más de una vez estuvo a punto de morir.

Una vez en su país, los suyos le trataron peor que el enemigo. Le acusaban de haber ayudado a éste, de haber trabajado para él, sin tener en cuenta que todo lo que hiciera antes fue forzado en parte y llevado de su amor a la ciencia. Y si antes le exigieron trabajar sin descanso, después le esclavizaron, pidiéndole cada día más y más.

Por entonces fue cuando se le ocurrió la idea de huir de la Tierra. Le era imposible soportar la desmedida ambición de sus semejantes, la egolatría de los hombres, sus rencillas y sus rencores. Y fijó los ojos en la Luna.

Sí, él era capaz de convertir el solitario e inhóspito satélite en lugar habitable, al menos para él. Desde aquel momento, se dedicó a la tarea de planear el viaje a la Luna. Trabajó incansablemente, tenazmente, sin dar cuenta a nadie de sus proyectos ni de sus descubrimientos. Y un buen día desapareció. Precisamente el mismo día de su desaparición, tuvo lugar una formidable explosión en el laboratorio donde trabajaba. Le dieron por muerto.

Sin embargo, lo que hizo fue huir a una apartada región donde, con la ayuda de unos cuantos hombres, a los que llegó a dominar y a convertir casi en máquinas que se movían a su antojo, se ocupó en construir el aparato que tenía planeado. Lo importante era llegar a la Luna. Una vez allí, dispondría de materiales más que suficientes para llevar hasta el final sus proyectos.

El día que vio concluido el aparato en que cifraba todas sus esperanzas, un invencible deseo de abandonar la Tierra le dominó. Hizo entrar a sus hombres-máquinas en él y lo puso en marcha. Dentro, llevaban todo lo necesario para subsistir en la Luna durante una larga temporada. Además, poseía el secreto de convertir en comestibles la mayoría de los elementos de la naturaleza; como poseía, también el de la respiración controlada. Mediante un ingenioso dispositivo, el aire contenido en la escafandra con que se cubría la cabeza se renovaba constantemente, reproduciéndose a sí mismo sin necesidad de molestos depósitos de oxígeno.

De ese modo, podría vivir años y años en la Luna, sin echar de menos la atmósfera de la Tierra. Mejor todavía, al no haber aire, podría desplazarse de un lugar, a otro con mayor rapidez, sus movimientos serían más ágiles, y los de sus hombres-máquinas.

El aparato volador de su invención despegó a una velocidad asombrosa. Minutos después se encontraban a muchas millas de la Tierra.

Tardaron doce días en llegar a la Luna. Doce días que se le hicieron eternos. No, él tenía que descubrir el medio de alcanzar una velocidad muy superior a aquélla.

Transcurrieron dos años hasta conseguirlo. Durante ese tiempo, los hombres-máquinas se encargaron de montar el laboratorio en las profundidades de uno de los cráteres.

Allí trabajó incansable, tenazmente, hasta lograr sus propósitos. Necesitaba volver a la Tierra, traerse consigo más hombres para convertirles en sus esclavos, para que le ayudaran a llevar a cabo sus desorbitados y tremendos proyectos. Por eso, había construido el aparato interplanetario mucho mayor que el anterior. En él, cabrían, por lo menos un centenar de hombres.

Hizo un viaje a la Tierra y después, otro y otro. Los doce días que tardó en su primer desplazamiento a la Luna se redujeron a poco más de uno. Los hombres que trajo de allí fueron a parar a las profundidades del cráter habilitado para laboratorio.

En él, se trabajaba a todas horas. Los hombres no echaban de menos el aire de la Tierra. Las inmensas naves abiertas en las entrañas de la Luna contenían el suficiente aire artificial para facilitarles la respiración.

Aquellos hombres se movían de un lado a otro como autómatas, carentes de voluntad, como «robots» de carne y hueso.

Más, antes de llevar a cabo la última y definitiva parte de su programa, el Hombre de la Luna necesitaba buscar sustitutos a sus esclavos. Para su desgracia, lo único que no había conseguido era hacerles inmortales y allí, en la Luna, se morían mucho antes que en la Tierra, y si se le morían todos y destruía a la humanidad, ¿quién le ayudaría de allí en adelante?

Ideó los «robots», muñecos perfectos que se movían a impulsos de sus mandatos. Construyó un verdadero ejército de ellos. Trabajaban igual que los hombres. Únicamente les faltaba el raciocinio; pero, tenían la ventaja sobre éstos de que jamás enfermaban, de que sus engranajes funcionaban a la perfección y de que en ningún momento acusaban cansancio. Sí uno se estropeaba, ponía otro en movimiento. El cambio, los hombres…

Mientras paseaba por las soledades inmensas de la Luna, recordaba su pasado, y el odio que sentía por la humanidad se le acrecentaba. Después de haberse establecido en el satélite, muchas cosas habían ocurrido en la Tierra.

Los hombres aseguraban estar unidos. Ya no existían fronteras. Un solo gobierno universal les dirigía. Sin embargo, ¿estaban realmente unidos?

No, no lo estaban. Seguían imperando la ambición, el egoísmo. Seguían matándose unos a otros como en los tiempos primitivos. El amor sólo existía en las mentes de los ilusos. Una feroz egolatría y avaricia remaba en el mundo de los hombres. A pesar de los enormes adelantos, aún había quien moría de hambre.

Al llegar a este punto de sus pensamientos, se detuvo en medio de un valle donde la desolación se hacía más patente. No era como los valles de la Tierra, verdes de pastos o de cultivos. Tenía la inconmensurable aridez del desierto, la tristeza infinita de las tierras yermas.

Ni siquiera las montañas que lo rodeaban podían compararse a las de la Tierra. Sus laderas no buscaban el suave declive, la curva descendente. Parecían clavadas al suelo como hitos de maldición, mojones gigantescos de un camino inexistente, y en lo alto, la mordedura de los volcanes que nunca más volverían a escupir, para arriba, el salivazo de la lava ardiente. Todo allí, daba la sensación de frío que se metía hasta el corazón, que paralizaba los músculos y hacía desear la huida.

Tan sólo él se encontraba a gusto en la Luna. Había llegado a amar los valles de suelo resquebrajado por multitud de terremotos que un día lejano conmovieron las entrañas del satélite y abrieron las heridas de las simas profundas, de los barrancos sin fondo. Amaba el silencio absoluto sin el palpitar de la naturaleza viva, las montañas sin caperuzas de nieves, sin laderas de pinos o de abetos, angustiosamente aisladas como tibias descarnadas de un cadáver monstruoso.

Y amaba aquello porque era igual a su corazón, frío, solitario, sin afectos, destruidas sus fibras sensibles por el terremoto de las pasiones.

Únicamente volvía a sentirse humano al recordar a los suyos, a la mujer y a los hijos que sucumbieron víctimas de la soberbia, y de

la falta de caridad de sus semejantes.

Ello le hacía odiar más y más a la humanidad. Como la mayoría de los humanos, había olvidado a Dios. Su Dios era la ciencia, y en aras de la ciencia quería sacrificarse a la humanidad. Sólo entonces se daría por satisfecho.

Habían pasado ocho días desde que lanzara el ultimátum a la Tierra. Se figuraba el terror de los hombres. En aquellos momentos, estarían contando las horas con angustia. Pudo destruirlos mucho antes, pero quiso concederles la amargura de la espera.

Horas más tarde, emprendería el viaje a la Tierra. En el departamento especial del aparato, llevaría la carga suficiente de «Triato» para desintegrar a la Tierra. Bastaría apretar un botón y…

Sonrió. Hacía mucho tiempo que no sonreía. Años quizá. Los hombres como él acostumbraban a reír poco.

De pronto, se le ocurrió una idea. ¿Por qué no volver a hablar a los hombres? Ocho días hacía que les había dejado tranquilos. ¡Lástima no poder oír sus exclamaciones, sus gritos, ni tampoco poder verles! Sus telescopios electrónicos no acercaban tanto la Tierra a la Luna como para verles moverse por ella. Eran demasiado pequeños.

Dio media vuelta y encaminó sus pasos hacia el volcán apagado, donde tenía instalado el laboratorio y la fábrica.

Cualquiera que le hubiese visto andar habría dicho que volaba. Sólo tenía que mover ligeramente las piernas para dar un salto inverosímil. De ese modo, llegó en unos minutos a donde iba. Al pie da la montaña, había un extraño aparato semejante a un hongo. Abrió una portezuela y se introdujo en él. Inmediatamente, se remontó sin ruido y, al llegar a lo alto de la montaña, evolucionó por encima de ella para descender luego al fondo del cráter.

El ruido que se escuchaba abajo contrastaba con el silencio absoluto del resto de la Luna. Era un ruido ensordecedor, monorrítmico, de muchas máquinas en movimiento. Como si centenares o millares de hombres se entretuvieran en golpear, metódica y acompasadamente, las lisas superficies de los yunques, o como si, por un milagro de la naturaleza, las frías entrañas de la luna tornasen a regurgitar la masa incandescente de la lava.

Pero él no oía tales ruidos. La escafandra le aislaba del mundo exterior. Descendió del extraño vehículo en forma de hongo, que le

servía para salir del cráter y volver a él, y se abrió paso hacia una amplia nave donde hombres-máquinas, hombres insensibilizados para razonar como hombres, trabajaban, codo a codo, con una legión de «robots».

El Hombre de la Luna se paró en medio de la nave y paseó la mirada alrededor. Todo aquello era obra suya, la obra de un titán, la obra de un sabio que construía para destruir.

Más, ¿qué diferencia había entre él y los humanos? ¿No hacían otro tanto en la Tierra? Allí, también, había legiones de hombres ocupados en construir ingenios mecánicos, artefactos diabólicos destinados a la guerra y a la destrucción. Siglo tras siglo, habían hecho lo mismo. La historia estaba cargada de recuerdos de guerras y de matanzas. Ciudades incendiadas por el ansia del pillaje, naciones destruidas por el deseo de dominio y de poderío.

En vez de dedicarse a mejorar sus condiciones de vida ocupaban la mayoría de sus recursos a superar las armas, a inventar nuevos ingenios guerreros, a la destrucción.

Más todo eso iba a acabar pronto. Los proyectos del Hombre de la Luna iba llevándolos a la práctica paso a paso, únicamente le faltaba el último.

Atravesó la nave sin prisas. Al fondo estaba su laboratorio particular, la sala de mandos. La puerta se abrió por sí sola, para dejarle paso, y volvió a cerrarse a su espalda del mismo modo.

Nadie le miró al pasar. Hombres y «robots» eran muy semejantes, si no en su aspecto, sí en su comportamiento. Los ojos fijos en las máquinas, realizaban su trabajo automáticamente hasta que él disponía que parasen.

Paraban sólo los hombres, cuya resistencia física era limitada, y seguían trabajando los muñecos ininterrumpidamente, un día y otro, construyendo más muñecos, más «robots»; convirtiendo algunas materias extrañas en burdos alimentos para los hombres; perfeccionando sus mismos engranajes, las maquinarias, como si el ser humano que les dirigía pretendiese alcanzar la perfección.

Éste entró en su laboratorio particular, como denominaba la habitación cuajada de cuadros de mando, de raros aparatos, de luces que se encendían y se apagaban intermitentemente y se dejó caer en un sillón.

Antes de nada se quitó la escafandra. La enmarañada pelambre

de sus barbas quedó al aire; y el pelo, blanco de canas, y la nariz ganchuda, y los labios con tinte morado, y los ojos, ojos de pupilas brillantes, hipnóticas.

Se pasó la mano por la frente y respiró hondo. Allí se respiraba mejor. La habitación era como una escafandra enorme con aire artificial constantemente renovado; en cambio, la que acababa de quitarse resultaba muy limitada. Con ella se respiraba peor.

Como antes, en la habitación donde trabajaban los hombres-máquinas y los «robots», paseó la mirada alrededor. Estaba orgulloso de su obra. Era la demostración palpable de su ingenio. Bastaría con mover una palanca para que el fondo del cráter quedase como lo encontró él: se apagarían las luces, se acabaría el aire, volvería a convertirse en un lugar sin vida, porque incluso los hombres-máquinas morirían asfixiados, faltos de aire para respirar.

Carecían de escafandras. Las tuvieron al principio, mientras realizaban las obras de acondicionamiento de la nave. Después se las quitó por no ser necesarias.

Apretando el botón aquél quedaría al descubierto el objetivo del telescopio, y la Tierra, la mansión de los hombres, se vería flotando en los espacios siderales. Luego iría acercándose, acercándose, hasta dar la sensación de que podía tocarse con las manos…

Pulsando el botón de la derecha…

Pero no, ¿para qué pensar siquiera en eso? Aquel botón no tendría que apretarlo jamás, no cabía ni la más remota posibilidad de tener que hacer uso de él. Para evitarlo, disponía de infinidad de medios. Él y nadie más era el dueño y señor de la Luna. Nadie le arrebataría su poderío, sobre todo cuando acabase de rematar su obra, cuando la raza humana hubiese desaparecido y él sólo fuese la representación del hombre dotado de inteligencia.

Si no, ¿qué había sucedido cuando aquellos aparatos interplanetarios llegaron a la Luna? Todavía podían verse sus restos no muy lejos de allí. Sus débiles cabinas, sus toscos y rudimentarios motores.

Mas estaba perdiendo el tiempo pensando estupideces. Había vuelto para hablar a los hombres, para anunciarles de nuevo su próximo fin, para recordarles que les quedaba tan sólo dos días de vida.

Hizo funcionar un dispositivo que tenía el brazo del sillón y éste

se deslizó veloz por el salón en dirección a los cuadros de mando. Una vez allí, el Hombre de la Luna apretó un botón, se encendió una luz y empezó a oírse como el zumbido de los primitivos aparatos de radio de los hombres. Luego se hizo el silencio de nuevo. La luz, que antes oscilaba, se quedó fija, igual a la brillante pupila de un ojo clavado en la pared, de un ojo aún más hipnótico que los del hombre.

Y éste empezó a hablar.

—Escuchadme —decía—: Sabéis quién soy, ¿verdad?

Lo repitió dos o tres veces, sonriendo, las manos sobre el tablero del cuadro de mandos, figurándose a la humanidad temblando atemorizada, a la humanidad que odiaba con todas las potencias de su alma.

Delante de él tenía a la Tierra. El fabuloso telescopio electrónico la acercaba a la Luna, y la acercaba tanto, que parecía como si fuese a chocar con ella. Sin embargo, no veía a los hombres. Y le hubiese gustado verles correr, atemorizados, de un lado a otro, gesticular poseídos por el terror.

—¿Sabéis el tiempo que os queda de vida? —preguntó.

Y como si tuviese la certeza de que iba a recibir contestación a la pregunta guardó silencio.

Al cabo de un rato añadió:

—Dos…

Pero no acabó lo que iba a decir. Bruscamente la luz de antes empezó a oscilar y se reanudó el zumbido del principio. El Hombre de la Luna dio un salto del asiento, se puso en pie, cerró el emisor, y corrió a abrir el receptor. Un zumbido más fuerte que el primero llenó toda la sala, como si el ruido de los motores de la nave contigua se hubiese precipitado, de repente, a aquélla. Sin embargo, no era esto. El laboratorio del Hombre de la Luna estaba aislado a toda clase de ruidos. Los que captaba el receptor venían de fuera, de mucho más allá de la boca del cráter. Y él sabía de dónde venían.

Estuvo escuchándolos un instante. Después cerró el receptor con un brusco movimiento y la habitación volvió a quedar en silencio. Adelantó unos pasos, buscó con la mirada lo que le interesaba en el cuadro de mandos y al final tiró hacia sí de una pequeña palanca.

Al hacerlo sonrió una vez más y murmuró algo entre dientes.

Seguidamente dio media vuelta. Cogió la escafandra, se la puso

y salió andando.

La puerta de la habitación volvió a abrirse a su paso y a cerrarse a su espalda automáticamente.

Los hombres-máquinas y los «robots» seguían trabajando, semejantes unos a otros, con los ojos fijos en su labor, con movimientos sincronizados.

El Hombre de la Luna pasó deprisa entre ellos y salió a la sima del cráter. El extraño vehículo semejante a un enorme hongo le esperaba. Entró en él y lo puso en marcha.

El aparato se elevó hacia la boca del cráter, rápido, sin ruido. Luego evolucionó un instante sobre la montaña e inició el descenso en dirección al valle.

Allí se paró. El Hombre de la Luna saltó afuera. Corrió unas yardas y miró para lo alto. Con la escafandra no se le veía sonreír, pero sonreía…

CAPÍTULO III


ada conseguiremos hablando y gritando —elevó el comandante Baltuk la voz para decir esto.

—Llevas razón —dijo uno, que debía ser el más sensato de todos.

Otros callaron y pensaron: «Está en lo cierto».

Y paulatinamente fue haciéndose el silencio. Se miraban interrogantes unos a otros, asustados, temblorosos.

Nadie hablaba.

Ahora comprendían que había llegado el momento tan temido, que aunque no se lo confesaban, tenían la certeza de que las amenazas del Hombre de la Luna no eran simples bravatas, sino el anuncio de un peligro cierto.

Sólo hacían mirarse unos a otros, interrogantes, dudosos, temiendo manifestar, aunque sólo fuese con la mirada, ese mismo miedo y que los demás se diesen cuenta de ello.

Baltuk era el único que no se dejaba vencer por el terror y quizás el único capaz de dar con una solución para el angustioso

problema que se les planteaba.

Estaba ella también: Nadia. Tampoco demostraba temor alguno, únicamente inquietud. Pero su zozobra no era por sí misma, sino por toda la Humanidad. A aquellas horas el mundo estaría sumido en la desesperación y en la ansiedad. Como afirmaba el comandante Baltuk, había que hacer algo y cuanto antes, mejor. Diez días era un plazo demasiado corto.

—Iremos allí —dijo de pronto.

Baltuk se volvió hacia ella y la miró de frente. Decididamente, le gustaba. Sobre todo, su carácter. Lo que los hombres no decían acababa de decirlo ella.

—¿Y quién será capaz de ir a la Luna? —preguntó uno muy gordo, a quien la barriga le subía y le bajaba al hablar.

—Yo el primero —contestó el comandante.

—Y yo —añadió Nadia.

El gordo la miró entre admirativo y socarrón. No creía grandemente en las aptitudes de la mujer para emprender grandes empresas y, sobre todo, de la envergadura de aquélla. Mas como no tenía ganas de discutir y alguien había de tomar la iniciativa en aquel asunto, se encogió de hombros y volvió a dejarse caer en su sillón, que crujió bajo su peso.

Entretanto, Baltuk preguntaba a la muchacha:

—¿Tú? ¿Sabes lo que eso significa?

—Claro que lo sé; quizás el que no volvamos más a la Tierra. Sin embargo, hay que hacerlo —contestó ella.

Asintió el comandante con la cabeza y añadió, en voz baja como si hablase consigo mismo:

—Sí, hay que hacerlo y cuanto antes mejor.

Después se volvió hacia la asamblea y preguntó:

—Es necesario saber qué continentes están dispuestos a ayudar en esta empresa.

A ayudar estaban dispuestos todos. De aeronaves interplanetarias disponían de sobra; pero ¿y pilotos que quisieran arriesgarse a ir a la Luna?

—Asia aportará una flota de cincuenta aeronaves —chilló el amarillento y gangoso—. Ahora que no sé si querrán ir los pilotos —añadió.

—Y América otras…

Baltuk interrumpió al representante del continente americano. Dijo:

—No es necesario tanto. Cuantos menos vayamos, mejor. Con medio centenar de aeronaves bien equipadas será más que suficiente. Yo llevaré mi turborreactor. Como es más rápido, iré delante para advertir cualquier peligro que pueda presentarse. De todos modos, si no hay quien se ofrezca para hacer el viaje, iré a nuestro satélite sin compañía. Estoy seguro de que el Hombre de la Luna cumplirá sus amenazas. Al amanecer salgo para allí.

Dio media vuelta y abandonó la reunión, como en todas las épocas de la historia de la Humanidad, los hombres gastaban más tiempo en discutir que en resolver sus problemas. Los demás se habían quedado mudos: el gordo al que se le movía el vientre al hablar, el amarillento y gangoso, los negros, los blancos, los cobrizos…

La atlética figura de Baltuk se les perdió de vista al salir del salón.

El que más y el que menos conocía el turborreactor del comandante y estaba al tanto de sus hazañas. Era un aparato de su invención. Poco mayor que los antiguos «cazas» empleados en las guerras anteriores al año dos mil; pero que desarrollaba velocidades asombrosas. A Baltuk le denominaban «El explorador del espacio».

Había llegado a donde nadie llegara antes. De sus excursiones por los espacios siderales siempre traía alguna noticia nueva, un nuevo descubrimiento: pequeños planetas desconocidos hasta entonces, perdidos en la inmensidad del cosmos, tierras sin vegetación, sin vida, sin aire, no catalogados aún en los mapas.

Su espíritu e inquietudes viajeras le llevaban a buscar un mundo igual al que habitaban, otra tierra como la misma Tierra, un lugar a donde pudiese emigrar la superpoblada humanidad o, tal vez, donde encontrase la paz de los tiempos primitivos, después de haber conseguido tantos adelantos en la era que vivían.

Porqué, ¿de qué le servían los extraordinarios avances científicos, haber llegado a desentrañar el misterio de los mares, de las reconditeces de la Tierra e incluso gran parte de los espacios infinitos, si no eran felices, si todavía imperaba el odio, el rencor, la envidia e incluso el hambre en algunos pueblos?

—Debemos ayudarle —graznó uno de les reunidos sin

demasiado convencimiento.

—Sí, sí, no debe ir solo —añadió otro, en tono vacilante.

Se equivocaban. Baltuk no iría solo. Allá iba ya corriendo Nadia. Atravesó el salón y alcanzó al comandante cuando salía a la calle.

—Espera —le llamó.

Baltuk volvió la cabeza al oír que se dirigían a él.

—¿Qué quieres? —preguntó.

Nadia, fatigada por lo precipitado de la carrera, llegó a su lado y dijo:

—Ir contigo. En tu aparato cabemos los dos. ¿Quieres llevarme?

Baltuk la miró de arriba abajo. La verdad, no había pensado en llevar por acompañante a una mujer y menos en aquella ocasión.

—¿Sabes lo que dices? —Quiso disuadirla de su propósito.

—Claro que lo sé. Después de todo; si hemos de morir, lo mismo da que terminemos en la Tierra que en la Luna.

Baltuk rió al oírla. Le agradaba su resuelta actitud. Estuvo pensando un rato sin quitarle la vista de encima y, al final, decidió:

—Ven, vamos a ver qué sucede por ahí. Ya hablaremos de eso. Hasta mañana tenemos tiempo de resolver sobre el particular.

La cogió del brazo y echaron a andar. Salieron a la calle. El pánico había cundido entre las gentes. Corrían de acá para allá, alocadas. En todas las bocas el mismo nombre: «¡El Hombre de la Luna! ¡El Hombre de la Luna!».

Era un grito unánime, angustioso. Algunos chillaban:

—¿Y el gobierno qué piensa hacer?

—¿Dejarán que venga a matarnos?

Sólo Baltuk y Nadia, entre aquella multitud enfebrecida, parecían los únicos cuerdos.

Habían cerrado las fábricas, las industrias, los comercios. Las calles eran un río de gentes aterrorizadas. Andaban sin saber adónde iban, bien para un lado, bien para otro, tropezándose entre sí.

—Mira —dijo Baltuk—. Ésta es la humanidad que confía en sus propias fuerzas y que ha olvidado a Dios.

Nadia no contestó. Sintió que un nudo se le formaba en la garganta. Era igual a aquellos que corrían desesperados, vencidos por el terror. Como el resto de la humanidad, el único dios para ellos era la ciencia, la ciencia fría, calculadora, sin alma, Aunque

no, ella no era igual que la multitud que les rodeaba. Había leído el libro de Papini, sabía que hubo un día en que un Ser infinitamente bueno se sacrificó queriendo redimir a la Humanidad perdida; sabía…

—¿Adónde van? —preguntó de pronto.

Bruscamente dejaron de correr las gentes sin rumbo fijo. Formando una masa compacta, como un solo cuerpo, adelantaban por la calle, todos en una misma dirección.

Baltuk y Nadia se apartaron para dejarles paso. Ya no gritaban como antes. Llevaban el ceño torvo, la mirada fija adelante, los labios prietos. Y sus voces, gruñidos tan sólo, simulaban el rumor del mar embravecido.

—¿Adónde van? —insistió la muchacha.

Baltuk no contestó. Siguió con la mirada a los que pasaban por delante de ellos.

—Ven conmigo —dijo luego—. Van locos.

Tiró de ella, siguiendo la dirección de los otros. Al cabo de un rato, advirtió:

—Mira adonde iban.

Estaban delante del palacio del Gobierno, en medio de la enorme plaza que lo rodeaba, dejándolo en el centro como un islote de piedra y cristal. Las gentes se distribuían por la plaza, la llenaban toda y aún seguían afluyendo por las calles adyacentes.

Súbitamente reanudaron el griterío.

—¡El Hombre de la Luna, el Hombre de la Luna! —vociferaban.

Y otros:

—Decidnos, ¿qué pensáis hacer?

La Luna, redonda, fantasmagóricamente aterradora en el agujero negro de los cielos, parecía como si fuera a venírseles encima Algunos miraban para arriba y gritaban más fuerte:

—Salid y decidnos qué pensáis hacer.

Se dirigían a los gobernantes, a los reunidos en el salón, a los que estaban tan aterrados como ellos.

—No salen. Hay que entrar por ellos —propuso uno.

Como en los tiempos remotos, los hombres seguían siendo igual de impulsivos y de irreflexivos.

—Les mataremos si son incapaces de hallar una solución —amenazó alguien.

Y empujaron las puertas del palacio del gobierno, con ánimo de echarlas abajo.

Baltuk y Nadia, entre la multitud, se consultaron con la mirada. Capaces eran de matar a cuantos encontrasen en el palacio, sólo porque nadie les decía qué pensaban hacer para defenderse del anunciado ataque a la Tierra por el Hombre de la Luna.

Todos gritaban, todos vociferaban, todos amenazaban con los puños en alto. Se consideraban defraudados en su propia soberbia. Antes de que surgiera el Hombre de la Luna, se creían los seres más poderosos de la Creación, poseían máquinas para todo, ingenios casi perfectos. Habían creado un mundo maravilloso que, de pronto, lo veían amenazado y sin remedios para defenderlo.

Y era la misma vanidad de su falso poderío mecánico lo que les llevaba a gritar y a amenazar, y que les conduciría incluso al crimen si no había quien les hiciera volver al camino de la razón.

—Tenéis miedo, ¿verdad? —chillaba uno.

—¿Por qué nos queréis gobernar si no sabéis defendernos? —añadió otro.

Entretanto, seguían empujando las puertas. Crujían éstas ante los empellones de la masa enfurecida y aterrada, hasta que oyeron decir:

—Esperad. Yo os diré lo que piensan hacer.

Muchas cabezas se volvieron en dirección al que hablaba, multitud de ojos fueron a fijarse en el hombre y en la mujer que, entre ellos reclamaban su atención. Los dos vestían el uniforme de los ejércitos aéreos interplanetarios.

—¡Es el comandante Baltuk! —exclamó uno de los que estaban más cerca de él.

Y la noticia corrió de boca en boca:

—¡El comandante Baltuk!

—¡El comandante Baltuk!

¿Quién no le conocía? Las rotativas habían impreso su retrato infinidad de veces. Su rostro joven y enérgico, su crespa cabellera rojiza, la barba en punta, los ojos de una dulzura que contrastaba con la casi dureza de los rasgos de la cara, y el cuerpo, unos palmos más alto que el de la mayoría de los mortales y, también, de una fortaleza extraordinaria.

Así y todo, le conocían más por sus hazañas.

—¡El comandante Baltuk! —repitieron.

Después, los que gritaban se callaron de repente y los que golpeaban la puerta con ánimo de echarla abajo cesaron en sus propósitos. La multitud escuchaba las palabras del comandante, que decía:

—Iremos allí e impediremos que el Hombre de la Luna cumpla sus amenazas.

—Van a ir a la Luna, van a ir a la Luna —se corrían las voces.

—¿Y quién irá? —preguntaron.

Baltuk tardó en contestarles. Cuando lo hizo, un griterío ensordecedor se levantó por todos lados.

—Iremos yo y Nadia —dijo.

Nadia, se estremeció de gozo. Baltuk permitía que fuese con él a intentar la gran aventura de salvar a la Humanidad, a enfrentarse con el Hombre de la Luna.

—Al amanecer —añadió el comandante.

Después de las primeras manifestaciones de alegría, se hizo el silencio.

—¿Y por qué vosotros solos? —preguntaron—. ¿Y las naves interplanetarias, para qué las queremos?

Llevaban razón. ¿Para qué querían la poderosa flota interplanetaria cuando, llegado el caso de peligro, sólo un hombre y una mujer se atrevían a ir a la Luna?

Sin embargo, ¿quién de los que tanto gritaban sería capaz de enfrentarse con el Hombre de la Luna? En la mente de todos estaba el recuerdo de lo sucedido a la expedición de los Urales y a la del Canadá. Gritaban por gritar.

Baltuk les salió al paso de sus pensamientos, diciendo:

—Un aparato sólo es más fácil que pase inadvertido que una flota completa.

Asintieron los otros, convencidos unos, los más, sin demasiado entusiasmo, pero sus palabras surtieron el efecto deseado. Cesaron de golpear las puertas del palacio del gobierno, callaron en sus gritos y los grupos fueron disolviéndose pacíficamente. Ya no les parecía encontrarse solos y abandonados ante el peligro. Era como si les hubiesen aplicado una inyección de optimismo. Incluso, algunos reían.

Al cabo de un rato, Baltuk y Nadia estaban solos en mitad de la

inmensa plaza, parados y sin saber qué decir.

Echaron a andar despacio, cogidos del brazo. La Luna les seguía los pasos. De pronto, Nadia dijo:

—Mañana, al amanecer.

Y Baltuk repitió:

—Sí, mañana, al amanecer.

Instintivamente levantaron los ojos al cielo. La Luna seguía mirándoles con sus ojos de simas profundas, de barrancos sin fondo, de abismos tenebrosos. Era una cara grande, de rasgos indefinidos, redonda, brillante. La Luna que habían visto durante toda su vida y que ahora les parecía distinta.

Nadia apretó más el brazo del comandante y éste preguntó:

—¿Tienes miedo?

Ella, sin quitar los ojos del satélite, contestó:

—No es por mí, sino por ellos. ¿Qué ocurrirá si no conseguimos llegar allí o el Hombre de la Luna…?

Baltuk se encogió de hombros y contestó:

—Será lo que Dios quiera.

Y ya no hablaron más. Pasadas, unas horas, la Luna ya no estaría en los cielos, amanecería y ellos…

Apretaron el paso. Les corría prisa llegar al lugar donde tenían el turborreactor.

* * *

Enfundados en los trajes interplanetarios, subieron al aparato. Baltuk se distinguía de la muchacha sólo por su estatura y corpulencia física, porque los trajes de ambos eran idénticos, muy ajustados al cuerpo y de un material que impedía el paso del frío o del calor.

Una gran multitud estaba allí para presenciar la salida. Definitivamente, iban ellos solos a la Luna. A los demás pilotos de la flota interplanetaria les pareció una locura lo que el comandante Baltuk y Nadia iban a hacer. Si las poderosas naves de la expedición de los Urales y las aún más poderosa del Canadá no lograron volver a la Tierra, ¿cómo iba a conseguirlo Baltuk con su pequeño aparato, mucho más rápido que aquéllos, pero peor dotado de armamento y de otros elementos de navegación aérea imprescindibles para

cualquier contratiempo que se presentara? Baltuk era un loco o un insensato. Y a la chica le ocurría otro tanto.

Eso era lo que pensaban los entendidos, los que sólo sabían criticar; pero no llevar a cabo una labor como la suya. Las demás gentes pensaban de otro modo. Tenían una fe ciega en Baltuk, como suelen tenerla en los héroes. Y el comandante venía a ser, en aquellos momentos, uno de los muchos héroes que jalonaron, con sus hechos, el camino de la historia de la humanidad.

Por eso le aplaudían enardecidos.

Baltuk y Nadia subieron al aparato, cerraron la puerta y miraron para abajo por la ventanilla.

—¿Qué, dispuesta? Preguntó el comandante.

—Sí —contestó ella.

Por medio de un dispositivo mecánico cerraron la ventanilla. Se fue cerrando poco a poco y poco a poco también, las gentes que aplaudían, que gritaban y que les despedían agitando los pañuelos al aire, se perdieron de vista.

Ya estaban aislados del mundo exterior, camino de la gran aventura.

—Cuando quieras —replicó Nadia.

Baltuk apretó el botón que ponía en marcha el aparato, examinó el cuadro de mandos y sonrió a la muchacha.

—Ya estamos andando —dijo.

Ni siquiera habían notado cuando despegó de tierra. Tan sólo un pequeño tirón, como si les faltase el aire de repente. Después, nada.

Al cabo de ocho días aproximadamente, se encontrarían en la Luna, y entonces…

* * *

El hombre, el que registraba las señales que se recibían del turborreactor del comandante Baltuk, apuntó algo en un papel y dijo:

—Esto va bien. Deben estar llegando a la Luna.

Las señales no eran señales en el exacto sentido de la palabra, que pudiesen orientarles respecto a la situación del aparato, sino más bien un silbido insistente, repetido hasta la saciedad.

La prensa recogía la noticia: «Continúan escuchándose las

señales del aparato del comandante Baltuk». Y así un día y otro y otro, hasta el octavo. Aquél era el en que el comandante y Nadia habrían de llegar a la Luna y, también, el penúltimo del plazo marcado por el Hombre de la Luna.

No había vuelto a hablarles. Sin embargo, contaban las horas con ansiedad. Baltuk y Nadia eran su única esperanza de salvación. En el ánimo de todos estaba la certeza de que el Hombre de la Luna cumpliría sus amenazas si antes Baltuk y la muchacha no conseguían abortar sus propósitos.

Pero ¿qué ocurría? El encargado de la recepción de las señales del turborreactor palideció de repente, abrió mucho los ojos y se quedó mirando el aparato. Así estuvo un buen rato. Luego, bruscamente, se puso a hurgar en él y también a sudar.

Conforme estaba agachado, el sudor, de la frente le caía a las manos, le resbalaba por la barbilla, le mojaba las ropas.

Pensó si se habría vuelto sordo, si sería que él no lo oía. Dejó quieto el aparato y salió corriendo de la habitación.

Minutos después volvía con otro hombre. También éste sudaba, también éste había palidecido y tenía los ojos agrandados por el terror. Junto con el primero, se precipitó a manipular en el aparato receptor.

—¿Lo oyes? —preguntó el primero.

Y el segundo, con el oído pegado al aparato, escuchaba.

—¿Lo oyes? —repitió la pregunta el de antes.

El segundo dejó escapar un suspiro, se pasó la mano por la frente y contestó:

—No, y creo que no estoy sordo.

—Pues habría que oírlo aún —añadió el primero.

Y el segundo, todo tembloroso, le coreó:

—Sí, habría que oírlo.

Después, dejaron de maniobrar en el aparato, se miraron a la cara y volvieron los ojos a la ventana. En los dos había el mismo gesto de terror, idéntica mirada de angustia. La Luna estaba allí, en el cielo, sin nubes que la ocultasen, metiéndoseles casi por la ventana.

El segundo de los hombres volvió a pasarse la mano por la frente y gimió:

—¿Qué había pasado?

Y su compañero, en lugar de contestarle, hizo otra pregunta:

—Son dos días los que faltan, ¿no?

Horas después, la prensa publicaba un número especial para dar la noticia, la publicaba con grandes titulares:

EL COMANDANTE BALTUK: Y SU COMPAÑERA HAN DEJADO DE TRANSMITIR SEÑALES A LA TIERRA.

Y más abajo, también en grandes caracteres:

¿CUMPLIRÁ EL HOMBRE DE LA LUNA SUS AMENAZAS?

Las gentes se echaron a las calles, el miedo animal a morir les obligaba a ello. Les parecía como si juntos estuviesen más seguros, como si el cerrado recinto de sus casas les asfixiara.

Y una vez en la calle, miraban a lo alto, cerraban los puños y amenazaban a la Luna. La gritaban hasta enronquecer, hasta que, cansados, se dejaban caer al suelo o corrían enloquecidos sin saber a dónde iban.

Los vendedores de periódicos seguían voceando:

—¡El comandante Baltuk…!

CAPÍTULO IV



igue todo bien?

—Sí, todo va bien.

Siempre preguntaba lo mismo el comandante cuando despertaba y Nadia contestaba lo mismo siempre también, después del turno de guardia junto a los aparatos de mando.

Era verdad, todo iba bien, mejor no podía ir. Ni el más pequeño tropiezo habían tenido. Debían estar llegando a la Luna.

Baltuk comprobó los aparatos de medición y consultó el calendario electrónico.

—Dentro de unas horas —dijo— hará ocho días que salimos de la Tierra.

¿Ocho días? ¡Qué corto se le había hecho el tiempo a Nadia! Ocho días conviviendo con el comandante, charlando juntos horas y horas, refiriéndose su vida pasada.

Baltuk tenía mucho que contar. La puso al tanto de sus numerosos viajes por los inmensos espacios siderales, inexplorados

hasta entonces, de los pequeños planetas descubiertos.

Ella, en cambio, poco tenía que contar. A pesar de su flamante título de piloto interplanetario, lo más lejos que había llegado era a remontarse unos centenares de millas por encima de la tierra. Nada si lo comparaba con los interminables «raids» aéreos del comandante.

Aquél era su primer viaje con una meta definida. Claro que le hubiese gustado hacerlo en otras circunstancias. Sin embargo, estaba contenta, no sólo por lo que significaba el viaje en sí, sino porque iba en compañía de Baltuk.

Mucho antes de emprender el viaje, sentía una profunda admiración hacia él; ahora, al cabo de ocho días juntos en la soledad del turborreactor, la admiración se había convertido en otro sentimiento que no sabía explicarse.

Y no era porque Baltuk la hiciese objeto de galanteos. La trataba exactamente como hubiese tratado a cualquier otro piloto que no hubiese sido mujer, como ella. Seguramente, ni siquiera se fijó en que Nadia se arreglaba el pelo con frecuencia, con cierta coquetería, con esa coquetería innata en la mujer cuando intenta agradar a un hombre.

—Dentro de poco estaremos en la Luna —añadió Baltuk.

El dentro de poco eran horas. Faltaban aún muchas millas para alcanzar la Luna. Sin embargo, el aparato marchaba bien y las distancias parecían cortas ahora, después de ocho días de viaje.

Daba la sensación de que estuviese inmóvil, como si no avanzase, únicamente el amortiguado sonido de los motores y los aparatos de medición de alturas; daban fe de que seguían navegando por los espacios.

Baltuk y Nadia guardaron silencio. Bruscamente les asaltó el mismo pensamiento: ¿Qué encontrarían cuando llegasen a la Luna?

Nadia levantó los ojos y miró al comandante. Recostado en el asiento, miraba al techo, como abstraído.

—¿Qué sucederá cuando lleguemos allí? —preguntó ella de pronto.

Baltuk bajó la cabeza y la miró de frente. Estuvo mirándola largo rato. Luego preguntó a su vez:

—¿Tienes miedo?

Nadia trató de sonreír, sin conseguirlo. Contestó:

—No es miedo lo que siento, es otra cosa que no sé explicar. Como un presentimiento por algo que me angustia, como si…

No continuó. El aparato había dejado de deslizarse suavemente por los espacios. Había sido como si alguien hubiese tirado de él visiblemente con fuerza irresistible. Un brusco movimiento que estuvo a punto de hacerles caer del asiento.

Baltuk se precipitó al cuadro de mando, lo examinó de una ojeada y llamó a la muchacha:

—Ven aquí y mira esto.

Su voz no tenía la tranquilidad de otras veces. Algo ocurría. ¿Por qué había cambiado tan repentina e inesperadamente de rumbo el aparato? Ahora ya no marchaban en línea recta. Según sus cálculos, debían estar llegando a la Luna; pero ¿en virtud de qué habían cambiado de dirección? Era como si hubiesen entrado en un bache de aire. Aunque no, no podía ser. Si no había aire, ¿cómo iba a haber baches?

Tal vez algo que no funcionaba bien. Baltuk trató de enderezar de nuevo el aparato, pero no lo consiguió. La aguja de los indicadores de dirección marcaba otra ruta. Era inútil que tratase de variarla de posición. Como si una fuerza desconocida e invencible tirase de ella, volvía al mismo lugar de antes.

Y también aquella fuerza desconocida e invisible tiraba del turborreactor al mismo tiempo. Se les llevaba hacia donde ellos no querían ir. ¿Estarían girando alrededor de la Luna, como cualquiera de los satélites artificiales que lanzaban los hombres al espacio? Al menos ésa era la dirección que seguían.

Mas ¿para qué seguir dudando? Pedían verlo.

—Abre la escotilla de proa —pidió Baltuk.

Nadia le obedeció. Pulsó un botón y las portezuelas que cerraban la escotilla de proa se abrieron lentamente. Los dos se precipitaron a mirar por detrás del ventanillo, defendido por un material transparente e irrompible.

—Mira —gritó Baltuk.

Y Nadia miró para abajo. Estaban volando por encima de la Luna. Por encima de los inmensos desiertos de piedra, de las montañas con cráteres de volcanes apagados, sobre el paisaje muerto y angustiosamente triste del satélite de la Tierra.

Sí, aquello era la Luna. Pero no iban en dirección a ella, sino que

volaban paralelamente a ella. ¿Por qué?

Una pregunta que ni Baltuk ni Nadia eran capaces de contestarse. Los primeros hombres que llegaron a la Luna no se encontraron con semejante anormalidad. Descendieron igual que hubiesen podido hacerlo en la Tierra. Sin embargo, ahora era distinto, por más que intentaban cambiar el rumbo del aparato, les resultaba imposible conseguirlo.

De todos modos, había que hacer algo. Baltuk volvió a maniobrar en los mandos; El turborreactor no cambió el rumbo que llevaba. Nadia, arrimada a la escotilla abierta en la proa, miraba para abajo.

No se veía un alma en la inmensidad de las tierras desiertas. La Luna era tal como la explicaban en las universidades y en las escuelas: un lugar maldito.

¿Cómo era posible que viviese alguien allí? ¿Dónde podría estar el Hombre de la Luna? Ahora que estaban tan próximos a ella, le daban risa las amenazas del supuesto Hombre de la Luna.

Nadie podría vivir allí más de unas horas. En tan desolados parajes, sería imposible la vida.

A pesar de todo, había cierta belleza en aquello. Una belleza tétrica, espeluznante, que encogía el ánimo.

—Creo que hemos sido objeto de una broma —aventuró la muchacha—. ¿No lo ves? No hay nadie.

Baltuk, que había vuelto a su lado, asintió con la cabeza. No, no se veía a nadie. Como Nadia, pensaba que sería imposible vivir allí, que el ser humano no podría soportar tan absoluta soledad.

Seguían girando alrededor de la Luna, a una velocidad vertiginosa. Cruzaban los valles, dejaban atrás las montañas. Los barrancos, los precipicios, los abismos insondables se abrían un instante bajo ellos, para desaparecer enseguida y dejar paso a otros y a otros.

La superficie de la Luna tenía cierta semejanza con una enorme piel cuarteada y rajada.

—El Hombre de la Luna no existe —aventuró Nadia.

Esta vez. Baltuk no le contestó. Abrigaba sus dudas al respecto y hubiese deseado que Nadia acertase en sus predicciones. Pero estaba lo de la expedición de los Urales y la del Canadá. ¿Por qué los primeros hombres que fueron a la Luna pudieron volver a la

Tierra, cuando se lo propusieron y los otros no? ¿Por qué ellos mismos estaban girando ahora en torno a la Luna en lugar de continuar volando como antes, en línea recta hasta alcanzar el satélite? ¿De dónde provenía la fuerza que tiraba del turborreactor, llevándoles en dirección contraria a la que ellos querían que fuese?

Arrimados a la ventanilla de proa, miraban para abajo. Y así estuvieron sin cambiar palabra, hasta que Nadia advirtió a Baltuk, con un grito:

—Mira allí.

El comandante, al principio, no vio nada extraordinario. Luego, sí; un puntito negro que se movía. ¿Sería un ser vivo? ¿Animal u hombre? El turborreactor había cesado de girar alrededor a la Luna y se dirigía rectamente hacia ésta, sin que Baltuk ni Nadia hubiesen hecho nada para ello.

El comandante se precipitó a los mandos. Disminuyó la velocidad. Si hubiesen continuado a la misma que llevaban, se habrían estrellado contra el suelo. Respiró aliviado. El aparato se deslizaba suavemente para tomar tierra.

Cayó en la cuenta de que el haber ido a parar allí no lo había sido fortuitamente. Que una fuerza desconocida les atrajo a aquel lugar y que tal vez el hombre que acababan de ver —porque era un hombre— fuese el responsable de ello.

Mas no parecía tener nada en las manos. Lo veían perfectamente. Ni tampoco había aparato alguno a su alcance.

El turborreactor seguía deslizándose para abajo. Dentro de unos minutos tocaría con el suelo.

Fue entonces cuando vieron aparecer otros hombres por detrás de la montaña. Pero ¿eran hombres realmente?

El primero, inmóvil en medio de la llanura, cubierta la cabeza por la transparente y esférica escafandra, miraba para arriba. Los otros no llevaban escafandra. Además, sus movimientos tenían un cierto ritmo mecánico, cierta torpeza, aunque no falta de agilidad.

Antes de llegar al suelo, Baltuk y Nadia contaron aquellos extraños seres. Una docena exacta. En lugar de quedarse parados junto al primero, se abrieron en abanico, en torno al lugar donde el turborreactor había de aterrizar.

Éste se posó en el suelo. Nadia y Baltuk abrieron todas las persianas metálicas que tapaban las ventanillas del aparato.

El de la escafandra seguía donde antes, sin moverse y mirándoles. Si era un hombre, ¿cómo podía respirar con aquella escafandra? ¿Dónde tenía los tubos de oxígeno?

¿Y los otros…? Ahora los veían mejor. Parecían hombres, pero no lo eran, o al menos, como los de la Tierra, como ellos. Mucho más altos y corpulentos sí, todos exactamente iguales, todos moviéndose a idéntico ritmo, como autómatas, como muñecos.

—¡Eso mismo! —exclamó Baltuk—. No son hombres, sino, muñecos, robots.

Venían en dirección a ellos, balanceándose sobre sus enormes piernas, los brazos colgándoles a los costados, la cabeza levantada y el cuello rígido. Adelantaban todos al unísono. Un paso, otro, otro…

Baltuk ordenó a la muchacha:

—Ponte la escafandra y vamos para afuera.

Había decidido salir de allí. No quería que les cogiesen dentro del turborreactor como en una ratonera.

Mientras Nadia se ponía la escafandra y se colgaba a la espalda los tubos de oxígeno él hacía otro tanto.

El hombre, o al menos el que parecía más ser humano que los otros, continuaba en el mismo lugar que al principio.

Baltuk hizo una seña a Nadia, preguntándola si estaba preparada. Ella asintió. Antes de salir del aparato, Baltuk se le acercó y la cogió una mano entre las suyas. La apretó fuerte, para infundirle ánimos o ¿quizá quería decirle otra cosa?

A través de la escafandra se miraron a los ojos y sonrieron. Posiblemente, si hubiesen podido hablar, se hubiesen dicho muchas cosas, todas aquéllas que Nadia pensaba durante los largos ocho días de viaje y que su corazón de mujer le dictaba.

Baltuk también hubiese dicho. Menos que ella seguramente. La hubiese dicho que era muy bonita y que lamentaba no habérselo confesado antes. Y puesto a hablar, tal vez hubiera llegado a decirle que la quería.

Porque en aquel momento se daba cuenta de ello. En el momento en que iban a enfrentarse con el enigma de lo desconocido, con los hombres, muñecos o monstruos, que estaban cercándoles, posiblemente con intenciones nada amistosas.

Sí, la quería y tal vez empezó a quererla desde el primer momento en que la conoció. ¿Por qué no se lo había dicho antes?

Precisamente porque les separaba la misión del servicio. Desde el instante en que subieron al aparato, él era el comandante Baltuk y ella el capitán Nadia.

Pero ahora era distinto. Los dos, seres humanos al fin, iban a enfrentarse con el mismo peligro. Nadia sufría por Baltuk, éste por Nadia. Y se hubiesen dicho muchas cosas de no haber visto cómo los extraños personajes iban acercándose más y más al turborreactor.

Baltuk soltó la mano de Nadia y se calzó los guantes. Luego cogió el expulsor de rayos T debajo del brazo y abrió la puerta del turborreactor.

Seguido de Nadia saltó afuera. Un salto inverosímil en el espacio sin aire, un salto que le llevó cinco o seis yardas más allá. Fue a caer cerca de uno de los habitantes de la Luna.

Era un robot, un muñeco construido por la mano del hombre, un muñeco que casi parecía un ser humano y que se hubiese confundido con éstos a no ser por su rigidez mecánica.

Baltuk le hizo seña para que se detuviera; pero el robot continuó avanzando hacia él. Ahora, los muñecos, como dotados de inteligencia, en lugar de dirigirse al turborreactor, lo hicieron derechamente hacía el comandante y Nadia.

Éstos, parados, muy juntos el uno al otro, no sabían qué hacer. ¿Huir, esperar a que llegasen hasta ellos, atacarles con los rayos T?

Baltuk volvió a hacer una seña con la mano, invitándoles a detenerse. Le hubiese gustado hablar con el hombre verdadero. Mas éste no se movía de donde estaba, mientras los robots continuaban cerrando el círculo alrededor a ellos.

Indudablemente, el hombre era el que dirigía a los robots; pero ¿cómo, de qué medios se valía para ello?

Había algo demoníaco en la tranquila inmovilidad del hombre. Se le figuraban gozando con su inquietud y con sus dudas. Sí, aquel desconocido era el famoso Hombre de la Luna, el que había amenazado destruir la Tierra, el que había conseguido convertir la Luna en lugar habitable, al menos para él.

¿Qué pretendería hacer con ellos? Baltuk giró la mirada alrededor. Si tardaba en adoptar una decisión, los robots se les echarían encima. Había que hacer algo y algo era…

Levantó un poco el expulsor de rayos T y apuntó al robot que

tenía más cerca. Una llamarada verdosa salió del tubo del expulsor. Y esa llamarada fue a chocar contra el pecho del robot.

En la Tierra, cualquiera de los robots construidos por los hombres se hubiera fundido inmediatamente al recibir los rayos T; pero allí todo parecía distinto. El robot continuó andando. Los rayos T, el arma más poderosa con que contaban los humanos, carecía de eficacia. Causó el mismo efecto que hubiese producido un chorro de agua en la dura piel de un elefante.

De ese modo, se acrecentaba el peligro para Baltuk y Nadia. En vista de que de nada les servía el expulsor de rayos T, decidieron buscar la salvación en la huida.

Baltuk cogió a Nadia de la mano y salió corriendo con ella. Más en lugar de alejarse del hombre de la escafandra, lo hicieron en dirección a él. Baltuk abrigaba un proyecto, tenía una idea: si contra los robots no habían surtido efecto los rayos T, contra el hombre sería distinto, en el caso de que les obligase a hacer uso de ellos.

A grandes saltos, sin esfuerzo alguno, pasaron corriendo por entre dos de los muñecos que pretendían cerrarles el paso. Éstos dieron media vuelta y les siguieron corriendo también.

Al hacerlo daban la sensación de inestabilidad, como si fueran a caerse, pero no se caían. De todos modos, corrían más que ellos. Pronto les darían alcance. Unos venían por la derecha, otros por la izquierda, los más, por detrás.

Y allí delante tenían al Hombre de la Luna, gigantesco, un poco encorvado, mirándoles sin moverse de donde estaba, como si nada temiese de ellos.

Y el caso es que tenía que haber visto cómo Baltuk hacía funcionar el expulsor de rayos T y podría figurarse que haría otro tanto contra él, aunque sólo fuese para impedir que continuase la persecución por los robots.

A espaldas de él tenía la montaña, el volcán apagado, donde hombres-máquinas y robots trabajaban sin descanso.

Baltuk, llevando a Nadia de la mano, corría a saltos, mientras los robots les iban a los alcances.

Acabarían cogiéndoles entre ellos, como entre la boca de una tenaza. Por eso, Baltuk tiraba más y más de Nadia. De cuando en cuando, la miraba. Su gesto no era de miedo, sino de angustia o de

ansiedad. Igual que él, pensaba que la única probabilidad de salvación era llegar a donde estaba el Hombre de la Luna antes de que los ágiles robots les diesen alcance.

Y el Hombre de la Luna, impertérrito, inmóvil, les dejaba acercarse. Su tranquilidad acabó inquietándoles. ¿Sería que no temía a los rayos T? Imposible. Si fundía el acero y los diamantes, ¿cómo un ser humano iba a poder resistir sus terribles efectos?

Pero ya faltaba poco para llegar a él. Desde donde estaba, Baltuk podría lanzar los rayos T contra el Hombre de la Luna. Sin embargo, no quería hacerlo aún, pretendía darle la ocasión de salvarse, advertirle.

Por eso siguieron corriendo aún, hasta que llegaron a una distancia prudencial, donde el comandante indicó, por señas, al Hombre de la Luna, que detuviese a los muñecos.

Fueron unos instantes de ansiedad. A través de la escafandra, veían al hombre, sobre todo, sus ojos.

Tenían un brillo extraño, una fuerza hipnótica extraordinaria.

Sonreía burlón. Continuó sin moverse y los robots siguieron avanzando. Baltuk giró la vista alrededor. Apretó la mano de Nadia y apuntó al Hombre de la Luna con el expulsor de rayos T.

El Hombre de la Luna les miraba con sus ojos hipnóticos, sonriendo, como si nada fuese con él.

Baltuk hizo funcionar el expulsor de rayos T y salió la llamarada verdosa que, como antes contra el robot, fue a chocar con el pecho del Hombre de la Luna.

A Nadia y al comandante les palpitaba el corazón más deprisa que nunca…

CAPÍTULO V



ontaban las horas minuto a minuto, mientras los del gobierno no hacían más que aconsejar calma y tranquilidad. ¿Que habían cesado de oír las señales del comandante Baltuk? Bien, eso podría significar muchas cosas. ¿Por qué no habrían podido perderse en la inmensidad de los espacios siderales? Baltuk no era infalible, sino simplemente, un hombre como ellos.

Pero los consejos y los discursos de los hombres de estado surtían poco efecto. A cada minuto que pasaba, aumentaba la inquietud y el desasosiego en el mundo. ¿Sería cierto que la Tierra estaba llamada a desaparecer, que ellos los hombres, morirían todos?

Los optimistas se reían de las amenazas del Hombre de la Luna; más los pesimistas y, entre éstos, los hombres de ciencia, pensaban de muy distinto modo. ¿Cómo era posible que Baltuk, acostumbrado a viajes mucho más largos que aquél se hubiese perdido? Además, perdido y todo, seguiría transmitiendo las señales y ellos oyéndolas.

Algo y nada bueno, tenía que haberle ocurrido.

Nadie trabajaba. Habían cerrado las fábricas, los comercios, las industrias. En las ciudades, las calles estaban abarrotadas de gentes. Hombres y mujeres aferrados a la vida con desesperación, hombres y mujeres sin más ideales que la materialidad de su propia existencia.

Algunos, muchos, huían al campo, a la soledad de las montañas o a la lejanía de la selva. Allí creían estar más seguros. De atacarles el hombre de la Luna, lo haría contra las grandes ciudades.

Por eso, los trenes súper-rápidos iban abarrotados e igualmente los aviones de pasajeros y, cuantos vehículos tenían a su alcance.

Era la huida desesperada de la humanidad hacía los lugares de donde antes huían, era como la estampida de los rebaños de irracionales ante el peligro.

Como en los tiempos de atrás en las guerras entre unos países con otros, se veían las carreteras abarrotadas de los que ni siquiera habían podido encontrar un vehículo para huir de la ciudad. Marchaban a pie, con sus hatillos al hombro, con su miedo en el corazón.

De noche, miraban al cielo. De día también. Esperaban ver aparecer, de un momento a otro, la nave interplanetaria del Hombre de la Luna, el fabuloso aparato volador que nadie conocía y que todos creían conocer.

Y al mismo tiempo, contaban los minutos, sumándolos para formar horas, para formar días. Uno, otro, otro…

En la montaña, en el llano, en el bosque, el hombre miraba al cielo; mas ninguno casi ninguno se acordaba de Dios. Se habían olvidado de Él hacía tiempo, muchas generaciones atrás.

Cierto que aún existían los templos, pero nadie acudía a ellos. Rendían pleitesía a la ciencia. En el mundo, imperaba la inflexible dictadura de la materia.

Transcurrieron las horas desde que dieron la noticia de que el comandante Baltuk ya no transmitía las señales. Y pasó un día y otro.

Había llegado el plazo señalado por el Hombre de la Luna. En todas las mentes, el mismo pensamiento, en todas las gargantas, idéntica congoja.

Las gentes habían olvidado reír, lloraban, maldecían y

temblaban.

La noche aquélla: la noche es que expiraba el plazo, salió la Luna como un gajo de naranja. Todos los ojos estaban fijos en ella. Semejaba un gran cuchillo curvo rebanando el negro pan de los cielos. Todos escuchaban con ansiedad. El menor ruido aumentaba sus temores.

Claro que no desde todas las partes de la tierra veían la luna. Sitios había donde las nubes la ocultaban y otros donde a aquellas horas, era de día.

No importaba. El mundo estaba como paralizado por el terror. La Humanidad estaba pendiente de lo que hiciera el Hombre de la Luna.

Potentes aparatos de guerra cruzaban el espacio a cada instante, con la esperanza de descubrir a tiempo el del Hombre de la Luna y abortar sus propósitos. Mas las esperanzas eran mínimas. Tenían la seguridad de que aunque lo descubriesen, de nada les serviría, que sus armas eran ineficaces contra él.

A cada minuto que transcurría, aumentaba, la tensión nerviosa de las gentes. Y de ese modo, pasaron las horas y el plazo marcado por el Hombre de la Luna. Un latido de esperanza reavivó los corazones. Alguien gritó:

—¿Habéis visto? No ha sucedido nada.

Era cierto, nada había sucedido. Podían volver a sus casas, a reanudar sus trabajos, a vivir de nuevo. Porque en todo aquel tiempo no habían vivido. Ahora ya podían reír, gozar, sentirse libres de la pesadilla de la muerte. ¿El Hombre de la Luna? ¡Bah! ¿Cómo un solo hombre iba a hacer desaparecer la Humanidad, destruir la Tierra, cuando ni las bombas atómicas ni las de hidrógeno habían conseguido más que destrucciones parciales?

Todo era un mito, el resultado del propio miedo de una humanidad cargada de temores.

Abandonaron el bosque, las montañas, los retiros apartados de las ciudades y volvieron a éstas. En todos los rostros, se reflejaba la alegría de vivir, de sentirse fuera de peligro.

¿El Hombre, de la Luna? Tal vez ni existía siquiera. Posiblemente, era un loco que había descubierto el medio de asustar a sus semejantes hablando desde cualquier rincón de la Tierra.

De los desaparecidos componentes de las expediciones de los Urales y del Canadá, nadie o casi nadie se acordaba. Como tampoco se acordaban del comandante Baltuk ni de Nadia. En aquellos instantes, contaban ellos solos.

Retornaron las caravanas de gentes que ni siquiera disponían de vehículos para volver a las ciudades. Nada había sucedido. Volvían tranquilos y contentos. Ya ni siquiera les asustaba la Luna.

El mundo estaba de fiesta…

* * *

Quienes no estaban de fiesta eran el comandante Baltuk y Nadia. Habían ocurrido muchas cosas desde que dejaron de enviar señales a la Tierra.

Por ejemplo, lo de los rayos T. Baltuk apretó el disparador y un haz de rayos verdosos fue a chocar contra el pecho del Hombre de la Luna. Sucedió lo imprevisto. El arma más poderosa de los terrestres resultaba ineficaz contra el hombre aquel, que seguía sonriendo y mirándoles fijamente, desde dentro de su escafandra.

¿Cómo era posible que los rayos que deshacían el acero y fundían el diamante no le hiciesen daño alguno? Baltuk, con un brusco movimiento, dirigió el haz luminoso a la escafandra del Hombre de la Luna. Obtuvo el mismo resultado.

Entretanto, los robots se les echaban encima, con los brazos hacia adelante, venían dispuestos a cogerle.

Baltuk dejó de apretar el disparador del expulsor de rayos T y cogió a Nadia por un brazo. Tiró de ella; pero no se movió. Parecía como si estuviese clavada al suelo, mirando al Hombre de la Luna.

—¡Vamos, Nadia, vamos! —gritó.

Entonces, se dio cuenta de que no podía oírle, que su voz no salía de la escafandra, que era inútil que gritase.

Había algo extraño en el comportamiento de Nadia. ¿Por qué no se iba con él? ¿Por qué continuaba inmóvil, mirando al Hombre de la Luna?

Bruscamente, cayó en la cuenta de lo que sucedía. El Hombre de la Luna la había hipnotizado.

También él había experimentado, un instante, una sensación extraña al sentir, fijos en los suyos, los ojos de aquel hombre. Había

sido como un súbito sopor, un aflojamiento de los músculos, un desmadejamiento de todo su ser. Sin embargo, se sustrajo a ello, dominado por el deseo de deshacerse del Hombre de la Luna. Lo malo era que al sentir de nuevo fija la mirada del extraño personaje en él, volvía a experimentar idéntica sensación. Y era necesario sustraerse a su influjo, seguir luchando, si no les mataría a Nadia y a él o quizá les convirtiese en sus esclavos.

Hizo un poderoso esfuerzo de voluntad y consiguió volver a la realidad. Los robots estaban ya muy cerca, un par de zancadas más que diesen y les cogerían. No había que perder tiempo. Nadia, en pie, a su lado, miraba al Hombre de la Luna.

Ya no se entretuvo en tirar de ella. Lanzó lejos de si el expulsor de rayos T, se agachó y la tomó en brazos. Luego dio media vuelta y echó a correr.

Un robot estuvo a punto de cogerle, al pasar. Sintió su mano, dura, como de acero, en el hombro. Pudo escapar y siguió corriendo.

Corría sin saber adónde dirigirse, salvando las grietas der terreno a grandes saltos que hubieran resultado inverosímiles en la Tierra.

Una de las veces volvió la cabeza y miró para atrás. El Hombre de la Luna seguía sin moverse, donde antes. Le pareció ver su sonrisa cruel, el chispear malicioso de sus ojos. Y los robots, gigantes mecánicos, abiertos en abanico, intentando darles alcance.

Comprobó con angustia que corrían más que él, que pronto le darían alcance. Además, con la carrera se fatigaba demasiado. No era lo mismo correr por la Tierra, sin escafandra, respirando a pleno pulmón, que allí, en la Luna, respirando el oxígeno de los depósitos que llevaba a la espalda y con la carga de Nadia encima.

De pronto, se le ocurrió pensar cómo se moverían los robots, qué mecanismo les haría dirigirse en la dirección deseada. Aunque, ¿deseada por quién? ¿Por el Hombre de la Luna?

Cierto; los robots se movían dirigidos por el Hombre de la Luna. Les transmitía las órdenes mentalmente, les hacía ir adonde él quería. Por eso, resultaban mucho más peligrosos. Era como luchar contra doce monstruos de una mentalidad análoga a la del Hombre de la Luna, doce criaturas mecánicas dirigidas por un cerebro perturbado.

Si al menos pudiese despertar a Nadia… Según corría, la zarandeó.

Abrió los ojos y le miró con espanto. Más enseguida cambió el gesto. Dijo algo que Baltuk no pudo oír. Le desapareció la rigidez. Baltuk la dejó en el suelo y la hizo mirar para atrás. Entonces, Nadia se dio cuenta de lo que ocurría, se cogió a una mano del comandante y siguió corriendo a su lado.

De este modo, Baltuk corría con mayor celeridad, sin el peso de la muchacha.

Sin embargo, estaba cansado. Respiraba fatigosamente. No, no era lo mismo correr por la Tierra como por la Luna.

Los robots se acercaban a ellos. Volvió a mirar para atrás. De nuevo los tenían casi encima. Los doce formando un muro compacto a su espalda, los doce moviéndose al unísono, rígidos, con la cabeza levantada y los brazos tiesos.

Y al otro lado, frente a ellos, un barranco, una sima infranqueable. Los dedos de Nadia se agarrotaron en la mano de Baltuk. No podían hablar, pero se entendían. Venía a ser como la despedida.

Sin embargo, el comandante no estaba dispuesto a darse por vencido. Lucharía, por él y por Nadia, mientras le quedase un soplo de vida. Obligó a la muchacha a que se pusiera a su espalda y esperó, a pie firme, la acometida de los robots.

Al pararse él, se detuvieron ellos también. Se detuvieron a unas yardas de distancia, todos menos uno, que siguió avanzando. Al andar, daba la sensación de ser un monstruo ciego.

Baltuk se agachó, esperando la acometida. Esperó poco. Nada más llegar a su altura, el robot levantó el brazo con rapidez increíble, y lo hizo girar hacia adelante.

El comandante no se descuidaba. De un saltó se quitó de en medio. Entonces, se dio cuenta de que si el robot corría hacia adelante con mucha celeridad, no le ocurría otro tanto cuando trataba de darse la vuelta.

Cuando quiso volverse Baltuk ya estaba a su espalda. Les había cogido el punto flaco. Por muy perfectos que fuesen, no eran más que muñecos. Aprovechó la coyuntura que le ofrecía la torpeza de movimientos del muñeco para obrar por su cuenta. Atacó a su vez, haciéndolo de la mejor forma posible.

A puñetazos, nada conseguiría; ya había visto los resultados de los rayos T. Pero había otro medio. Rápido, sin pensarlo demasiado, agarró al robot por la cintura y lo levantó en vilo, por encima de su cabeza.

Se maravilló del escaso esfuerzo que tuvo que hacer para ello. En la Tierra le hubiese sido imposible moverlo. Mas aquello no era la Tierra sino la Luna, y las cosas ocurrían de muy distinto modo.

Además, tampoco estaba para pararse a analizar los motivos de tan extraordinaria fuerza por su parte o tan poco peso por la de los robots. Lo que hizo fue voltearle por encima de su cabeza dos o tres veces y soltarle luego.

Los once restantes robots habían vuelto a ponerse en movimiento, igual a un pelotón de rígidos soldados de plomo. El que venía al frente de ellos recibió el impacto del que acababa de soltar Baltuk. Cayó el uno encima del otro y los dos rodaron por el suelo. Allí quedaron, agitando los pies y los brazos en alto, como las tortugas cuando se las vuelve boca arriba.

Mas quedaban todavía diez en perfectas condiciones, diez muñecos mecánicos que obedecían a los dictados del Hombre de la Luna. Para librarse de ellos, sería menester hacer lo que con el primero. Sin embargo, eran muchos.

Habían cerrado sus filas y avanzaban pegados casi unos a otros por los hombros.

Nadia, repuesta del susto y de la sorpresa, vio con qué facilidad Baltuk se deshacía de un par de robots. Tenía que ayudarle. Quizá ella pudiese hacer otro tanto. No pareció que a Baltuk le costase demasiado esfuerzo levantarle del suelo y lanzarlo contra los otros. Probaría.

De un salto se puso al lado del comandante y volvió a estrecharle la mano entre las suyas.

También esta vez la entendió Baltuk. Aunque estaba seguro de que no le oiría, advirtió:

—¡Cuidado!

Como antes, dos de los muñecos se adelantaron. Uno contra Nadia, el otro contra el comandante.

Y los dos levantaron los brazos al tiempo, en un brusco movimiento hacia adelante. Los puños, de un material parecido al cristal, encontraron el vacío. Tanto Nadia como Baltuk, saltaron de

costado. Luego, rápidos, se pusieron a espaldas de los robots y los levantaron por encima de sus cabezas.

Los soltaron a la vez. Fueron a caer encima de los que venían a atacarles y otros dos más rodaron por el suelo. Como los anteriores, quedaron unos boca arriba y otros boca abajo, incapaces de ponerse en pie.

A Baltuk le pareció demasiado fácil el truco que se había buscado para deshacerse de los robots. Lo malo era que cada vez que les atacaban habían de retroceder unos pasos y acabarían de cabeza en el barranco si antes no acababan con todos los robots.

Nadia pensaba lo mismo. Agachados, esperaron la nueva acometida. Ya habían dejado a la mitad fuera de combate. Con un poco de suerte, acabarían con todos. Con un poco de suerte…

Fue Nadia quien vio al Hombre de la Luna. Dio un grito para advertir a Baltuk, pero éste no le oyó. Aparte de que no podía oírle a causa de la escafandra, estaba muy ocupado dando vueltas, por encima de su cabeza, al robot que más a mano se le vino.

Le servía casi de diversión. Uno tras otro, terminaría con todos.

Nadia ya no se ocupaba de los robots, aparte de que éstos tampoco se ocupaban de ella. Todos iban contra el comandante. A pesar de que no quería mirarle, una fuerza superior a su voluntad la obligaba a mirar al Hombre de la Luna.

Poco a poco fue perdiendo la noción de cuanto le rodeaba. Sólo veía las pupilas del habitante de la Luna. Se agrandaban ante sus ojos, ocupaban la inmensidad del horizonte. Eran como dos llamaradas que le abrasasen el entendimiento, que le quemaran la garganta. Cuerpo, brazos y piernas fueron quedándosele rígidos…

Entretanto, Baltuk luchaba con los robots. Acababa de deshacerse de otro par de ellos. Los cuatro que quedaban en pie, le rodeaban por el frente y por los costados. No tenía más escape que el barranco y al barranco no iba a tirarse de cabeza.

De pronto, se acordó de Nadia. ¿Dónde se había metido, por qué no estaba a su lado? La buscó con la mirada y la vio a unas yardas de distancia, inmóvil, con los brazos colgando a los costados.

Y vio también al Hombre de la Luna, a pocos pasos de ella, mirándole fijo. Comprendió lo que pretendía. Quería hipnotizarle como había hipnotizado a Nadia.

Por un instante, unos segundos apenas, igual que antes, sintió

que se le hacía el vacío en el cerebro. Y en aquel instante, uno de los robots levantó un brazo y le golpeó en el pecho.

Baltuk cayó al suelo. Fue a parar al borde del precipicio. Los robots adelantaron unos pasos, estrechando el círculo en su derredor.

Sin embargo, el golpe que acababa de propinarle el muñeco, sirvió para despertarle los sentidos. Rápido, se levantó del suelo. Uno de los robots se agachaba para golpearle de nuevo. Esquivó el puñetazo y cogió al muñeco por la cintura.

Esta vez solo hizo empujarle. No le dio tiempo a levantarle en vilo. El robot rodó por el barranco.

Baltuk eludía mirar al Hombre de la Luna. Tenía la seguridad de que, si le miraba, acabaría hipnotizado como Nadia. Lo importante, era deshacerse de los robots. Luego, iría contra él. Le atacaría con los ojos cerrados, como fuese, pero…

Sintió el golpe brutal de un puñetazo en el pecho. Se había descuidado. Los tres robots útiles le rodeaban, se le echaban encima, le golpeaban.

Y no podía retroceder ni un paso. A su espalda se abría el barranco, una sima negra, aterradora. Procuró mantenerse firme, clavados los pies en el suelo.

Los robots levantaron los puños para golpearle de nuevo. Uno de ellos le dio en el pecho, otro en el hombro, el tercero no le alcanzó.

Fue tal la violencia de los puñetazos, que las piernas se le doblaron y cayó de rodillas al suelo. El tercer robot levantaba el brazo para golpearle otra vez.

Baltuk, de rodillas, incapaz de defenderse, dolorido de los golpes, esperaba el último que le dejase sin vida.

Por entre los robots veía al Hombre de la Luna. Ahora ya no trataba de apartar los ojos de él. Al contrario, deseaba sumirse en el mundo de la inconsciencia, quedarse como Nadia. Sin embargo, su inteligencia funcionaba mejor que nunca, percibía, con toda claridad, cuanto ocurría en su derredor, veía moverse a los robots, sonreír al Hombre de la Luna.

¿Por qué no acababan de una vez con él, por qué…?

Sintió un golpe en la escafandra, y el aire empezó a escaparse por el boquete recién abierto en ella. Los robots se apartaron de su lado, le dejaron sólo al borde del precipicio.

Enfrente de él, el Hombre de la Luna. Baltuk se puso en pie y anduvo unos pasos, tambaleándose. Se llevó las manos a la escafandra y quiso tapar el agujero por donde salía el oxígeno.

No, no lo conseguía. Acabaría asfixiándose, acabaría…

Quitó las manos de la escafandra y se las llevó al pecho. Le faltaba el aire, se ahogaba. Era como si le apretase la ropa, como si una mano de hierro le aprisionase los pulmones.

Dio otro par de pasos, y cayó al suelo. Silbaba el oxígeno escapando por el agujero de la escafandra.

Baltuk levantó la cabeza y miró al Hombre de la Luna, Como siempre, como cuando le vieron por vez primera, igual que cuando lanzó los rayos T contra él, sonreía.

A Baltuk empezó a nublársele la vista. Era el principio del fin. Y en lo más profundo de su corazón, imploró a Dios, al Dios que hacía tiempo habían olvidado los hombres.

El Hombre de la Luna se agachó a mirarle.

Más allá, Nadia seguía inmóvil mirando a un punto lejano, semejante a los robots, que tampoco se movían.

CAPÍTULO VI



l Hombre de la Luna estaba satisfecho de lo ocurrido, aunque no del todo. Baltuk había conseguido despertar en él cierta, admiración y, al mismo tiempo, acrecentar su odio hacia la Humanidad.

Ninguno de los componentes de la expedición de los Urales ni tampoco de los de la del Canadá se resistieron. Fue fácil apoderarse de ellos. Vencidos por el miedo, nada más aterrizar en la Luna y encontrarse frente a los robots, contra los que ninguna de sus armas surtían efecto, fueron reducidos enseguida a la obediencia.

Venían ya asustados, Al ser atraídos hacia allí por la fuerza magnética creada por él en torno al satélite, empezó a dominarles el terror. Luego, al descender a la Luna y verse frente a los robots, fueron incapaces de defenderse.

Pero con éste no había sucedido lo mismo. Luchó hasta el último instante. Aunque, ¿por qué habría de ser ya el último instante de su vida? Aún vivía, aún podría salvarle para que presenciara el gran

acontecimiento. Luego, haría con él lo que con los otros. Luego…

Bruscamente, se agachó más, sacó algo de los bolsillos y tapó el agujero de la escafandra de Baltuk, por donde escapaba el oxígeno. «Ya está», se dijo.

Ya no escapaba el oxígeno por el agujero. Baltuk seguiría viviendo.

Después, el Hombre de la Luna se volvió hacia los robots y éstos se pusieron en movimiento. Uno fue levantando a los caídos, otro cogió a Nadia entre sus brazos y el tercero cargó con el comandante. Hecho esto, el Hombre de la Luna salió andando delante de todos. Los robots le siguieron, bamboleándose a derecha e izquierda.

En el camino, Baltuk recobró el conocimiento, y abrió los ojos. Sintió que le llevaban en alto, alguien o algo que se deslizaba por el suelo con rítmicos movimientos, siempre iguales.

Al principio, no recordó lo sucedido. Luego, sí. Recordó lo de la rotura de su escafandra, el oxígeno escapándose por el agujero, el ahogo, la asfixia y… Bruscamente dio un tirón. Acababa de darse cuenta de que quien le conducía era un robot. Su esfuerzo por escapar no surtió efecto. El muñeco le llevaba cogido por la cintura, apretado contra él, colgándole los pies un par de palmos sobre el suelo.

¿Y Nadia?

Los robots marchaban uno detrás de otro, en fila india. Delante de ellos, el Hombre de la Luna.

A quien no veía era a Nadia. ¿La habrían matado? Trató nuevamente de soltarse del robot, con el mismo resultado de antes. Tampoco podía volverse, ni mover los brazos: el robot se los había cogido entre los suyos.

Lo que sí podía mover era la cabeza y un poco el torso. Estiró el cuello y miró para adelante. Tampoco esta vez vio a Nadia. ¿Qué le habrían hecho?

Un dolor profundo, lacerante, le golpeó el pecho. No eran momentos para pensar en eso, pero acababa de darse cuenta de que estaba locamente enamorado de ella, que le había querido siempre. ¿Por qué no se lo dijo antes de llegar a la Luna?

Ahora era ya tarde. Aun cuando Nadia viviese todavía, aun cuando viniera detrás de él, ¿le darían tiempo a decírselo?

Trató de volver la cabeza y mirar para atrás y tropezó con el pecho del gigantesco robot. Desistió de buscar a Nadia para pensar en sí mismo, en quién habría sido el que había tapado el agujero de la escafandra.

No podía haber sido más que el Hombre de la Luna. ¿Por qué no le habría dejado morir? ¿Qué se propondría al salvarle la vida? Inconscientemente, sin saber por qué, se estremeció.

Todo, en la Luna, tenía un signo fatídico, impresionante. El suelo resquebrajado a Cada paso, los hoyos profundos, como embudos de proyectiles gigantescos, las montañas, roídas en sus cimas por los agujeros de los volcanes, la desnudez absoluta de vegetación, la total orfandad de seres vivos.

Incluso el hombre aquel con su extraña vestimenta, con sus servidores mecánicos, con…

¿Qué era aquello? No lo habían visto al llegar a la Luna. Allí estaba su turborreactor y, yardas más allá, un artefacto en forma de hongo. Parecían ir hacia él. Sí, le llevaban allí.

El Hombre de la Luna se detuvo junto al extraño artefacto y esperó a que llegasen los robots, fue entonces cuando Baltuk vio a Nadia, La llevaba en brazos uno de éstos.

El Hombre de la Luna abrió la portezuela del aparato y el robot que conducía al comandante dejó caer a éste dentro del mismo. Luego, el que llevaba a Nadia hizo otro tanto. Detrás de ellos, entró el Hombre de la Luna. Los robots salieron, andando y se perdieron detrás de la montaña.

El Hombre de la Luna cerró la portezuela, anduvo en el cuadro de mandos y, súbitamente, Baltuk notó la sensación de que se elevaban. Sí, el feo hongo del Hombre de la Luna era un aparato volador. ¿Adónde les llevaría ahora? La curiosidad se imponía a su inquietud. El hombre aquel debía ser un sabio extraordinario. Parecía haber encontrado la solución a muchos de los problemas que preocupaban aún a los hombres en la Tierra: Por ejemplo, lo de la escafandra sin depósitos de oxígeno. ¿Cómo era posible que pudiese respirar sin éste? ¿Cómo conseguía dirigir a los robots sólo con el pensamiento?

Baltuk le miró con curiosidad no exenta de admiración. El aparato se elevaba sin brusquedades.

Nadia miraba al Hombre de la Luna con los ojos muy abiertos.

Era indudable que seguía bajo su influencia, hipnotizada, sin darse cuenta de lo que ocurría a su alrededor.

Baltuk sentía una insufrible sensación de ahogo y de impotencia junto al hombre que ni siquiera le prestaba atención, ocupado, en dirigir el extraño aparato en forma de hongo. ¿Adónde les llevaría?

Bruscamente tuvo la sensación de que, en lugar de subir como antes, bajaban. ¿Habrían llegado ya a dónde iban?

El Hombre de la Luna se volvió un instante y le miró. Sonrió de nuevo y tornó a darle la espalda.

De pronto se paró el aparato. El Hombre de la Luna abrió la portezuela e indicó con un ademán al comandante que saliera. A Nadia no fue menester que le indicase nada. Como un autómata salió andando delante de ellos.

A Baltuk le pasaron muchas ideas por la cabeza. Una de ellas, la de lanzarse contra el Hombre de la Luna y emprenderla a puñetazos con él. Sin embargo, ¿qué ganaría con ello? Si nada le habían hecho los rayos T, ¿qué conseguiría golpeándole con los puños?

Desistió de llevar a cabo tal propósito. Aun en el supuesto de que lograse algo con ello estaba lo de salir de allí. Acababa de darse cuenta de que se encontraban en una especie de subterráneo. Aunque subterráneo no lo era exactamente. Miró para arriba y vio las paredes del cráter. Comprendió por qué habían subido primero y luego habían bajado. El Hombre de la Luna tenía su morada en el fondo de un cráter.

Mas aquél no le dejó pararse demasiado a pensar en ello. Le empujó por la espalda y le hizo andar. Ante ellos se abrió la puerta del subterráneo. Una luz deslumbradora medio le cegó. Baltuk se maravillaba de cuanto veía.

La puerta se cerró a su espalda. El Hombre de la Luna seguía empujándole. Nadia se había parado y miraba adelante, sin ver.

Se encontraban en una nave enorme, muy alta de techo, abierta en la roca. A todo lo largo de ella había una serie de máquinas en las que trabajaban unos hombres. Junto a ellos, y en mayor número, «robots» iguales a los que les persiguieron por la superficie de la Luna.

Pero lo que más llamó la atención del comandante era que los hombres estaban sin escafandra ni dispositivo alguno que les facilitase aire. ¿Cómo podían respirar?

Estaba pensando en eso cuando vio que el Hombre de la Luna se disponía a hacer algo que le horrorizó. Acababa de acercarse a Nadia e iba a quitarle la escafandra. Si se la quitaba se moriría.

No podía permitir que lo hiciese. De un salto fue a parar junto a ellos y trató de evitar que el Hombre de la Luna hiciese lo que se proponía. Forcejeó con él hasta que alguien le cogió por detrás y lo separó del Hombre de la Luna.

Éste se volvió hacia él y lo miró de arriba abajo. Después, conforme lo tenía cogido uno de los «robots» con los brazos a la espalda, se le acercó, desenroscó los conductores de oxígeno y le quitó la escafandra.

Mientras realizaba estas operaciones, Baltuk lo miraba con horror. Al quitarle la escafandra le condenaba a una muerte horrible. ¿Por qué le había salvado antes para hacerle morir ahora?

Trató de impedir que se la quitara; pero fue inútil. El Hombre de la Luna se la arrancó de la cabeza y la tiró contra el suelo. Allí la pisoteó hasta destrozarla. Luego le soltó los tirantes que le sujetaban los depósitos de oxígeno a la espalda y los destrozó también. Entretanto, el «robot» mantenía aprisionado al comandante.

Éste esperaba sentir los síntomas de asfixia de un momento a otro. Sin embargo, transcurrían los segundos y nada sucedía. Respiraba mejor que antes y, tal vez, mejor que en la Tierra.

Maravillado, aspiró el aire con ansiedad. ¿Cómo era posible que en un satélite como la Luna, sin atmósfera, hubiese aire? Sin duda, lo había solamente allí, en la nave donde hombres y muñecos mecánicos trabajaban conjuntamente.

Ahora se explicaba cómo era posible que los hombres aquellos trabajasen sin escafandra. Fuera no había aire, como lo demostraba el hecho de que el Hombre de la Luna llevase también escafandra.

Éste se dirigió a la muchacha y le quitó la suya y los depósitos de oxígeno. Como los de Baltuk, los destrozó. De este modo ya no podían escapar. Si intentaban salir fuera del subterráneo morirían.

Entonces el Hombre de la Luna se despojó de su propia escafandra y miró al comandante, sonriendo.

—Ahora podemos hablar —dijo.

Pero Baltuk no hablaba. Sólo hacía mirarle, asombrado. Acababa de reconocerle. Era Adolfo von Keit, el sabio a quien todo el mundo

tenía por muerto, el científico a quien consideraban desaparecido en la explosión ocurrida en el laboratorio donde trabajaba.

—¡Von Keit! —exclamó.

El Hombre de la Luna se volvió a él y preguntó:

—¿Me conoces?

Baltuk asintió con la cabeza. Luego añadió:

—Sí, le conozco. Después de su desaparición, la humanidad reconoció que se había comportado con usted injustamente, que…

—Calla —gritó el sabio—. Eso suele ocurrir a menudo. ¡Reconocer que se han comportado conmigo injustamente! Ya es demasiado tarde. Además, ¿quién me devuelve mi mujer y mis hijos?

Se acercó al comandante y le arrimó la cara a la suya. Los ojos parecían despedirle fuego.

—Ellos han destrozado mi vida —continuó—. Me han enseñado lo que es la ingratitud, me han escarnecido, me han hecho perder cuanto amaba, y tú ahora vienes hablándome de reconocimiento. No servirá de nada. Llevo años acariciando mis proyectos. ¿Qué sabes tú lo que es encontrarse solo entre una humanidad, para la que únicamente cuenta tu cerebro? Querían armas cada día más mortíferas, máquinas, adelantos, únicamente piensan en humillarse unos a otros, en matar, en destruir. La ciencia al servicio del mal. Ven —pidió de pronto.

Y sin esperar la aquiescencia de Baltuk le cogió por un brazo y le hizo andar a su lado.

Lo llevó junto a las grandes máquinas que ocupaban la nave. Máquinas desconocidas para el comandante. Los hombres y los «robots» siguieron trabajando, sin mirarles siquiera los primeros.

—Mira —dijo von Keit, enseñándole unos comprimidos apilados en una bandeja, al pie de una de las máquinas—. Mientras los hombres luchan para extraer los alimentos de la Tierra yo sólo necesito esta máquina y la lava fría de los volcanes para conseguirlo. Con uno de estos comprimidos un hombre tiene alimento suficiente para un par de días.

Baltuk lo cogió en la mano y lo examinó con recelo. El Hombre de la Luna se sonrió y dijo:

—Puedes comerlo. ¿No? Tú verás. Ya te acostumbrarás más adelante. Vamos.

Detrás de aquello le enseñó otras máquinas, a cuál más curiosa. Las que producían la luz y el calor, las que proporcionaban el suficiente oxígeno para respirar.

En una de ellas trabajaba un hombre alto, calvo y musculoso que Baltuk reconoció como uno de los componentes de la expedición de los Urales. Se acercó a él y le preguntó:

—¿No me conoces, Manidor?

El tal Manidor ni levantó la cabeza. Siguió trabajando. Baltuk le zarandeó e insistió:

—¿No me conoces, Manidor?

Tampoco esta vez le miró. Continuó con la cabeza gacha, insensible a cuanto ocurría en su derredor, como un «robot» más.

Baltuk oyó reír a su espalda. Era el Hombre de la Luna.

—Es inútil —decía—. Aunque te oiga no puede contestarte. Son simples engranajes de mis máquinas. Yo los he hecho así, como te haré a ti y a tu compañera.

El comandante le miró horrorizado. Era un loco o un malvado de la peor especie. Baltuk volvió a pensar en deshacerse de él. Con disimulo miró alrededor. ¡Si encontrase algo con que atacarle! Aunque si, allí cerca había una barra como de hierro. Podría emplearla para llevar a cabo su propósito. A von Keit ya no le defendía la escafandra.

Despacio, de espaldas, retrocedió hasta donde estaba la barra de hierro. El Hombre de la Luna seguía hablando.

—Necesito que me obedezcan —decía—. Si les hubiese dejado tal como eran al venir aquí se habrían rebelado contra mi tarde o temprano. De este modo no hay peligro de que lo hagan.

Baltuk, haciendo como que le prestaba atención, volvió la mano, lentamente, para atrás. Sus dedos rozaron, la barra de hierro. El Hombre de la Luna continuaba hablando; pero él no le oía. Todos sus pensamientos los tenía concentrados en una sola idea: coger la barra y golpearle con ella. Si conseguía deshacerse de él tal vez lograra volver a su ser natural a los desgraciados hombres-máquinas. Además, estaba el propio instinto de conservación. Von Keit se proponía hacer con él y con Nadia lo mismo que con aquellos hombres. Acabarían convertidos en seres sin conciencia, sin raciocinio, simples piezas de un engranaje colosal.

Mas ya tocaba la barra. Apretó los dedos y la sintió entre ellos.

Ahora no tenía más que levantarla y…

—¡Quieto!

No llegó a levantarla siquiera. El Hombre de la Luna había dado un salto para atrás y le apuntaba con un extraño objeto circular que tenía en la mano.

—Suelta eso —ordenó, von Keit—. Podría destruirte en un instante —añadió—. Mira.

Rápido, apuntó con el extraño objeto circular a uno de los «robots». Baltuk no vio salir nada de aquello, mas lo que sí vio fue cómo el «robot» desaparecía de pronto de su vista; igual que si un taumaturgo extraordinario lo hubiese hecho desaparecer.

Von Keit reía a carcajadas.

—¿Has visto? —decía—. ¿Qué son tus rayos T comparados con esto, con el fluido desintegrante? —Le apuntaba con el objeto circular—. He podido destruirte antes y puedo hacerlo ahora; pero no lo esperes. Eres fuerte y me vendrás muy bien para sustituir al «robot» que acabo de desintegrar. Sin embargo…

Se calló y adelantó más hacia el comandante. Éste le miraba con asombro, maravillado aún de lo que acababa de ver. Von Keit había llegado a conseguir lo que ningún hombre en la Tierra, lo que multitud de sabios se afanaban buscando noche y día, año tras año.

—Suelta eso —repitió el Hombre de la Luna.

Baltuk ni se acordaba de que tenía la barra de hierro en la mano. Al oírle decir que la tirase se dio cuenta de lo ridículo de su situación. ¿Qué significaba una simple barra de hierro junto a la formidable arma del Hombre de la Luna? Antes de que consiguiera levantarla le habría destruido con el fluido desintegrante, como él mismo lo denominaba.

Casi sin darse cuenta de lo que hacía la dejó caer al suelo.

—Bien, eso ya es otra cosa —gruñó von Keit—. Como veo, tienes apego a la vida, ¿verdad? Pues vivirás. No pienso hacerte ningún daño. Después de todo, vas a tener suerte, ellos no podrán decir lo mismo —levantó la mano al decir esto.

—¿Quiénes son ellos? —preguntó Baltuk.

Von Keit, sin soltar el cilindro, sin dejar de amenazarle, aclaró:

—Los hombres.

El ruido de las máquinas era ensordecedor. Trepidaba el suelo. Daba la sensación como si, de pronto, el volcán fuese a entrar en

actividad.

—¿Y de ella, de Nadia, qué piensas hacer? —inquirió el comandante, tuteándole y señalando a la muchacha, que seguía donde antes, inmóvil, con la mirada fija en un punto lejano.

—¿Con ella? —repitió von Keit—. Pues… no sé. Quizás… aunque no. La dejaré contigo. Seréis los únicos testigos.

—¿Testigos de qué? —quiso saber Baltuk.

El Hombre de la Luna volvió a mirarle de arriba abajo, sonrió y le ordenó, sin contestarle:

—Vamos, sigue andando.

Baltuk tuvo la sensación de que había perdido la única y última oportunidad de salvarse y de salvar a Nadia al fallarle lo de la barra de hierro.

Continuó andando, como le ordenaba von Keit. Éste, igual que si se tratase de un visitante distinguido a quien le interesara poner al tanto de cuanto encerraba en sus dominios, iba explicándole el funcionamiento de cada una de las máquinas.

—Como ves —decía— he conseguido lo que nadie. Mi imperio es el de la ciencia. Aunque desaparezcan los hombres que las hacen funcionar, aunque desaparezca yo mismo, seguirán andando. Están los «robots», son mis criados más perfectos que los mismos hombres. No necesitan comer para vivir, las pasiones no les dominan, desconocen el dolor, la ansiedad, la angustia y la alegría.

—¿Y el alma? —le interrumpió Baltuk.

Von Keit prorrumpió en carcajadas. Luego dejó de reír bruscamente y gritó:

—¿El alma, el corazón? Algún día les concedí importancia, algún día creí en la bondad de los hombres. Ahora ya es tarde. He sufrido mucho para conceder un ápice de bondad a mis semejantes. ¿De qué les sirve el corazón cuando matan sin compasión, esclavizan o dejan morirse de hambre a los demás?

—Está Dios —le interrumpió Baltuk.

El Hombre de la Luna se le quedó mirando muy fijo. Guardó silenció un instante y dijo después:

—Sí, algo de oído de Él. Antes, los hombres le adoraban sin haberle visto jamás; pero en estos tiempos nadie se acuerda de Él. No hay más dios que la ciencia. Ya lo estás viendo. Todos esos hombres, todos esos «robots» obedecen ciegamente mi mandato. No

necesito trabajar la tierra para vivir, no preciso que la Luna tenga aire para respirar. Yo soy un hombre, un sabio, y he conseguido casi tanto como tu Dios. ¿No lo estás viendo?

Baltuk le miraba sin pestañear. Von Keit era la representación genuina del hombre de su tiempo: soberbio, orgulloso, pagado de sí mismo. En él se encarnaba toda la Humanidad, una Humanidad ciega y sorda a los dictados de su consciencia y que se encaminaba, inconsciente, a su propia destrucción por los caminos de la ciencia.

Sí, von Keit podía estar orgulloso de lo conseguido. Sin embargo, ¿quién le había dado la inspiración para lograr cuanto había logrado? Iba a decírselo, mas comprendió que sería inútil. En la Tierra había infinidad de seres como él, que ni si quiera querían oír hablar de Dios.

Andando, habían llegado ante la puerta que conducía al laboratorio. Se abrió automáticamente. Pasaron y, detrás de ellos, Nadia.

Pero la muchacha, no se daba cuenta de nada. Seguía bajo el influjo del Hombre de la Luna. Andaba sin mirar al suelo, con los ojos fijos en un punto lejano.

En el cuadro de mandos, bombillas que se encendían y se apagaban, señales acústicas, repiqueteo de sonidos ininterrumpidos y siempre iguales. Von Keit apuntó, orgulloso, hacia allí.

—Mira —dijo—. Ahí tienes todo mi poder.

Apretó un botón y empezó a oírse un zumbido extraño.

—¿Qué son vuestras instalaciones de radar comparadas con esto? —Se envaneció—. A miles de millas sé si alguien viene para acá. Nadie puede acercarse ni remotamente a la Luna sin que yo me entere, y entonces…

Apretó otro botón y se encendió una luz roja. Esperó por si Baltuk hacía algún comentario; mas como continuaba callado prosiguió:

—… entonces creo un campo magnético alrededor de la Luna y todo el que se acerca a ella viene a parar aquí.

Baltuk comprendió, al oírle, los motivos por los que habían ido a parar allí.

—Pero aún hay más —continuó von Keit—. Hay…

Se calló de pronto y volvió los ojos al reloj electrónico que colgaba de una de las paredes del laboratorio.

—Es tarde —gruñó—. Me he descuidado. Ya no llego a tiempo. Otro día te lo explicaré a mi vuelta. Ahora…

Quitó los ojos del reloj y miró al comandante. Las pupilas le relampagueaban.

—A la vuelta —repitió.

Baltuk trató de mirar para otro lado y no lo consiguió. El Hombre de la Luna le atraía poderosamente a pesar de los esfuerzos que hacía para resistir al influjo de su mirada. Un sopor extraño empezó a invadirle el cerebro, a oscurecer su entendimiento.

Al mismo tiempo el deseo de rebelarse contra von Keit le golpeaba el corazón. Cerró los puños. Las uñas se le clavaron en las palmas de las manos. Sí, tenía que hacer algo. Saltar hacia adelante, golpear al Hombre de la Luna, aunque fuera con los puños. Y tenía que hacerlo antes de perder el conocimiento. No importaba que tuviese aún en la mano el cilindro del fluido desintegrante.

Dio un paso hacia adelante o al menos eso quiso hacer. ¿Lo dio realmente? No, tenía los pies como clavados al suelo, las piernas rígidas, insensibles, y esa insensibilidad, semejante a la muerte, iba subiéndole, poco a poco, hacia el pecho.

También sentía la cabeza como hueca y una especie de ahogo le bajaba a la garganta, Cuando le llegase al corazón…

Experimentaba la sensación de que iba a morir, de que se estaba muriendo, y trataba de rebelarse contra ello con todas las potencias de su alma.

Delante de él, von Keit. Le veía aún. Aunque verle, no le veía. Únicamente sus ojos, el brillo maligno de sus pupilas, y le oía hablar. ¿Qué decía?

Muy lejana le llegaba la voz. Si estaba hablando, quizá le dijese algo a él. ¿Qué decía?

—Se me ha hecho tarde, se me ha hecho tarde. —Repetía.

¿Tarde? ¿Para qué? Mas ¿qué importaba lo que dijese? Él no podía estarse quieto, esperando a que la sensación de ahogo le llegase al corazón, ni la rigidez de las piernas, al pecho. Tenía que hacer algo, algo. Moverse, golpear a von Keit en la cabeza con los puños, salvarse a sí mismo y salvar a Nadia.

¿Dónde estaba Nadia? Había entrado detrás de ellos. No andaría lejos. Aunque andar, no andaba. La última vez que la vio estaba rígida, en medio del laboratorio, mirando a un punto lejano.

Lo malo era que él empezaba a sentirse igual. La rigidez de las piernas le subía más y más. Ya le llegaba muy cerca del pecho. Y el ahogo le pasaba de la garganta. Pronto le aprisionaría el corazón, se lo rompería, dejaría de funcionarle y…

—Es muy tarde, muy tarde —repetía el Hombre de la Luna.

Junto a su voz le llegaba el mosconeo de las señales. Los ojos de von Keit semejaban bombillas rojas, iguales a las del cuadro de mandos. Sí, eran dos bombillas que se agrandaban más y más a cada instante, que acabarían ocupando todo el laboratorio, que llenarían el inmenso salón con su fulgor.

Luego, todo fue perdiendo intensidad ante los ojos de Baltuk: el brillo, el intermitente golpear de las señales acústicas. Y ya no vio nada.

Eso sí, oía hablar. La voz de von Keit se hizo más clara en su entendimiento. Luego entonces, si podía oír, no estaba muerto. Von Keit le ordenaba algo y él obedecía.

—Ven —le dijo.

Y fue. Cosa extraña, ya no sentía rígidas las piernas, las movía como siempre las había movido. Podía andar.

—Sígueme —oyó que le decían.

Anduvo. Ignoraba si despacio o deprisa. Quizá fuese deprisa, corriendo tal vez.

—Siéntate —le mandaron.

Y se sentó. Delante tenía otras bombillas encendidas, rojas, azules, verdes; pero él no las veía, no veía nada. Tan sólo escuchaba la voz del Hombre de la Luna y le obedecía. «Ven», dijo, y fue. «Sígueme», le ordenó, y le siguió. Ahora le había dicho: «Siéntate» y se había sentado.

Nada le importaba, nada sentía, ni dolor, ni angustia, ni ansiedad. Tampoco pensaba. Así debían sentirse los hombres-máquinas, insensibles a todo, engranajes de un ingenio monstruoso, esclavos de un cerebro excepcional.

Von Keit, luego de dejarle sentado, se dirigió a la muchacha.

—Ven —le ordenó.

Y ella obedeció.

—Sígueme.

Le siguió. Y luego:

—Siéntate.

Ella, como antes Baltuk, se sentó al lado de éste, en un sillón giratorio, frente al cuadro de mandos, con los ojos, fijos en las bombillas que se encendían y se apagaban, sin ver ni oír más que la voz del Hombre de la Luna, dominada por su poder hipnótico.

—Vais a estar ahí, quietos, hasta que yo vuelva. —Dijo von Keit.

Dio media vuelta, y se marchaba ya cuando cambió de opinión. Retrocedió sobre sus pasos.

—Mejor será que lo veáis —refunfuñó, monologando—. Va a ser un espectáculo divertido para vosotros, muy divertido. Más así no puedo dejaros. Tú eres demasiado peligroso para andar jugando contigo —se dirigía a Baltuk—. Bien atado no habrá peligro.

Buscó algo con qué atarlos. Encontró unas correas y se las pasó a Baltuk y a Nadia por el pecho, sujetándoles los brazos al respaldo del asiento. De ese modo no podían moverse ni intentar nada. Luego les golpeó en la cara, diciéndoles:

—Despierta, despierta.

Las bombillas del cuadro de mandos, rojas, azules, verdes, semejaban extraños ojos parpadeantes.

CAPÍTULO VII



n la tierra, el júbilo era indescriptible, Que nadie hablase del Hombre de la Luna. Era absurdo pensar que un solo hombre pudiera destruir la Tierra y todo el poderío de los hombres. Cuando ellos no lo habían hecho en el transcurso de las innumerables guerras que asolaron al mundo, con las bombas de todas clases, ¿cómo iba a poder hacerlo el habitante de la Luna? ¿No poseían ellos las bombas atómicas, las bombas H? ¿No las habían hecho explotar una y otra vez y nada definitivo había sucedido? Subsistía la humanidad y la Tierra seguía girando en los espacios infinitos.

Para destruir la Tierra, el «Hombre de la Luna» debería poseer un medio de destrucción millones y millones de veces más potente que los suyos. Y si ellos no habían conseguido dar con semejante medio era absurdo pensar que nadie lo hubiese conseguido.

Estaban validos de su poderío, de su ciencia. La culpa del terror colectivo que se apoderó de ellos la tuvo el comandante Baltuk y la

voz aquella que, de cuando en cuando, escuchaban anunciándoles desgracias y males irreparables. Algún gracioso que se divertía de ese modo.

Habían transcurrido horas desde que terminó el plazo marcado por el Hombre de la Luna y nada sucedía. Las ciudades volvieron a poblarse de gentes, los trenes a circular a velocidades endiabladas por los raíles aéreos, los aviones intercontinentales a desplazarse de un lado a otro de la Tierra.

Claro que aún quedaban gentes que venían andando por las carreteras. Los de siempre, los que carecían de medios para pagarse un vehículo que los trasladase del campo a la ciudad o que no encontraron ninguno de éstos en el camino.

Mas no importaba. Regresaban contentos. Había pasado el peligro. Podían seguir laborando incansables en su lucha para mecanizar cuanto les rodeaba.

Ahora, si miraban al cielo y veían la Luna era para reírse. No les asustaba como antes. La Luna era sólo un satélite, uno de tantos satélites de los que constituían la inmensidad del universo. ¿Por qué había de asustarles?

Las ciudades, pobladas de gentes, eran hormigueros humanos. Tan sólo en los campos la vida parecía descansar en la quietud de las soledades. Sin embargo, nadie o casi nadie buscaba la soledad.

Las ciudades, llenas de ruido y de movimiento, acortaban la vida a los hombres, que se sentían felices en su ceguera, hundidos en el marasmo de una existencia ficticia, mecanizada y brutal.

Al transcurrir las horas se sentían más seguros de sí mismos. El Gobierno del mundo, reunido en su palacio, decretó que el peligro había pasado, que ni siquiera había existido tal peligro. El comandante Baltuk y el capitán Nadia fueron borrados de las listas de los pilotos interplanetarios. No volverían; pero si volvían algún día, serían confinados en el más apartado rincón de la Tierra.

El amarillento y gangoso decidió:

—Les juzgaremos por traidores.

Y el hombre del Tíbet apostilló:

—Eran unos cobardes.

A través de la bóveda de cristal veían la Luna, en un cielo raso, sin nube alguna. Las estrellas le daban escolta.

De pronto, el amarillento y gangoso exclamó:

—¿Habéis visto?

La asamblea quedó muda. Todos miraron para lo alto. A la Luna le había salido una mancha.

—Una nube —aventuró alguien.

—No, no es nube —dijo otro.

—¿Pues qué es entonces?

La mancha se agrandaba. Tampoco era mancha, sino un objeto extraño que se interponía entre la Luna y la Tierra.

Las sirenas de alarma empezaron a funcionar.

Algo, avión o lo que fuese, se acercaba a la Tierra, Las instalaciones de radar acababan de señalar su presencia.

Y el pánico, un terror indescriptible, se apoderó de los hombres. El amarillento y gangoso, el del Tíbet, los europeos, los americanos, les africanos, miraban a la Luna.

Las sirenas de alarma seguían funcionando…

* * *

La vida parecía volverles poco a poco. Era como el renacer a la existencia anterior. Primero sintieron que podían mover las piernas sin tener que hacerlo al dictado de nadie. La sensación de fría rigidez, de muerte en vida, acabó sustituida por el calor de la sangre en circulación, por los latidos del corazón y de los pulsos. Vieron las bombillas, encendiéndose y apagándose, el cuadro de mandos, los innúmeros botones y el sin fin de llaves que lo ocupaban.

Y vieron también a von Keit, el Hombre de la Luna. Estaba allí, con su barba blanca, descuidada, y en punta como la de un chivo, con sus escasos pelos alborotados, con su sonrisa cruel, con su nariz ganchuda, con sus ojillos de pupilas brillantes e hipnóticas.

—¿Qué, ya estáis bien? —preguntó:

¿Bien? ¿Es que les había ocurrido algo? Al principio no recordaron lo sucedido, luego sí. Von Keit les había sumido en el sueño hipnótico.

—¿Qué piensas hacer con nosotros? —preguntó Baltuk.

El Hombre de la Luna acentuó más su sonrisa y contestó:

—Nada, de momento. Cuando vuelva, sí.

—Cuando vuelvas ¿de dónde?

Von Keit tardó en contestar. Al hacerlo lo hizo con voz ronca,

pastosa, igual que si le saliera de las profundidades del pecho y se le entorpeciera en la garganta:

—De la Tierra —dijo.

Baltuk y Nadia le miraban fijos. Comprendían lo que quería decir, lo comprendían por el temblor de sus labios, por la cruel sonrisa que parecía partirle la cara.

—Voy a ir a vuestro mundo —aseguró, como si la Tierra no fuese su mundo también—. Quizá los hombres no me esperen ya. Me he retrasado por vuestra culpa. Mejor; así les sorprenderé descuidados. Y vosotros…

No acabó de completar la frase. La dejó en suspenso. Baltuk y Nadia esperaban que dijese lo que pensaba hacer de ellos, pero el Hombre de la Luna se puso a manipular en los aparatos que tenía delante.

De repente se corrió una parte del cuadro de mandos y apareció ante ellos como una pantalla de televisión.

—Mirad —ordenó von Keit.

Miraron a la pantalla. Al principio nada vieron en ella. Sólo rayas que la atravesaban de lado a lado, en constante movimiento. Luego éstas fueron desapareciendo hasta quedar limpia, reluciente, tersa. Más tarde distinguieron un punto lejano, como una pequeñísima mancha negra.

—Mirad —repitió el Hombre de la Luna.

Ya miraban, ya. ¿Qué era aquello?

Von Keit les sacó de dudas. Dijo:

—La Tierra.

¿La Tierra? ¿Cómo podía ser que la Tierra se reflejase en la pantalla?

La mancha de antes, apenas un puntito negro iba agrandándose paulatinamente, como si, avanza se en dirección a ellos.

—Es la Tierra —repitió el Hombre de la Luna.

Ya ocupaba casi toda la pantalla. Mucho mejor que distinguían ellos la Luna desde la Tierra veía ahora a ésta. Los bosques, los campos, las montañas, las ciudades.

Von Keit repitió:

—Mirad, mirad.

Y ellos miraban, asombrados de lo que veían.

—Eso es Europa —afirmó von Keit, señalando con el dedo una

parte de la Tierra.

¿Europa? ¡Qué distinta a las representaciones terrestres de los mapas! Y es que aquello no era un mapa, sino la Tierra misma. La tenían ante sus ojos, con las manchas azules de los mares, con los brochazos seminegros de los bosques, con las protuberancias, algunas blancas de nieves en las cúspides, de las montañas.

Por allí andarían los hombres. Seres como ellos, seres que sufrían, gozaban, reían y lloraban. Todos con su carga de problemas a cuestas, con su soberbia, con su orgullo, con su miseria y con su grandeza. Pero no les veían, no podían verles.

—Mirad bien —dijo el Hombre de la Luna—. Seréis los últimos hombres en ver la Tierra.

Baltuk y Nadia quitaron los ojos de la pantalla y miraron a von Keit.

No era una broma lo que acababa de decir, hablaba en serio. Fruncía las cejas y rechinaba los dientes.

—Seréis los únicos espectadores del fin de la Tierra —añadió—. Quiero que lo veáis. Necesito que alguien esté presente cuando ellos desaparezcan. Veréis resquebrajarse el mundo, romperse la Tierra en miles y miles de pedazos, quedar convertida en nada. Y seré yo quien lo haga, ya que he descubierto el medio de conseguirlo.

Se exaltaba al hablar, la barbita de chivo se le agitaba con bruscos movimientos, los pelos de la cabeza se le alborotaban más de lo que los tenía alborotados.

De pronto dio media vuelta y salió andando. Antes de irse advirtió:

—Seguid mirando a la pantalla.

Baltuk y Nadia quedaron solos. Ante ellos, el cuadro de mandos y la pantalla donde se reflejaba la imagen de la Tierra.

Von Keit atravesó la gran nave de máquinas, sin mirar o los hombres y a los robots que trabajaban en ellas Antes de abandonar aquélla, se encasquetó la escafandra, puso en movimiento la puerta que comunicaba con el cráter del volcán y salió afuera.

Allí tenía el extraño aparato volador, en forma de hongo. Se metió en él, presuroso, y lo puso en marcha. Recto, subió para la cúspide de la montaña. Luego, en lugar de dirigirse a donde siempre, a la llanura, continuó volando.

Millas más allá había otra montaña. Descendió al pie de la

misma, donde, natural o abierta por la mano del hombre, se veía una cueva enorme. En su interior guardaba uno de los aparatos interplanetarios de su invención, casi diez veces más rápidos que los terrestres.

Dejó a un lado el de forma de hongo y entró en la cueva. Minutos después abandonaba ésta en un gigantesco aparato semejante a los antiguos «Zepelines». Se deslizaba por el suelo, sin ruido y sin ruedas. Daba la sensación de un monstruoso reptil antediluviano.

Una vez fuera, bruscamente, se levantó por delante, enfiló a lo alto y salió disparado.

Si los terrestres le hubiesen visto, habrían quedado maravillados de su velocidad; pero allí no había nadie para verlo, excepto Baltuk y Nadia. Sin embargo, éstos lo más que veían era la imagen de la Tierra reflejada en la pantalla.

Vieron algo que cruzaba un instante por delante de ella; mas no les dio tiempo a distinguir de qué se trataba. No obstante, lo adivinaron.

—Ya se va —dijo Baltuk.

Nadia no contestó. Se limitó a mirar con mayor atención a la pantalla. ¡Qué lejos estarían los hombres de figurarse lo que iba a ocurrirles! Aunque, ¿por qué habría de ser cierto lo que aseguraba von Keit? ¿Cómo iba a poder destruir la Tierra?

—¿Crees tú que podrá conseguirlo? —preguntó de pronto, resumiendo sus pensamientos.

Baltuk se encogió de hombros. Ni lo creía ni dejaba de creerlo. Viendo lo que habían visto, no era cosa de dudar demasiado del poder de aquel hombre. ¿Por qué no podría haber descubierto un explosivo o un medio capaz de desintegrar la Tierra?

—Desgraciadamente, creo que es cierto —contestó, al cabo del rato.

Nadia suspiró y dijo:

—Y nosotros, ¿qué podemos hacer?

Baltuk volvió a encogerse de hombros. Ya lo estaba viendo, nada. Esperar a que volviese von Keit y les convirtiera en hombres máquinas, como los que trabajaban en la nave de al lado.

¡Si al menos pudiesen romper las correas que les aprisionaban al respaldo del asiento! Baltuk lo intentó varias veces. Lo intentó hasta

hacerse sangre, poniendo a contribución todas sus fuerzas. Imposible. Las correas resistían todas las tentativas.

Agotado por el esfuerzo, volvió a mirar a la pantalla. Seguían teniendo la Tierra enfrente. Pasaban las horas y giraba lentamente. Cambiando los paisajes. A las montañas sucedían las llanuras. Nuevas ciudades, nuevos bosques.

Y entretanto, el Hombre de la Luna iría acercándose a la Tierra.

—Nada, no podemos hacer nada —gritó Baltuk, desesperado—. Tenemos que esperar a que vuelva, nos convertirá en sus esclavos, en algo peor que máquinas. Lo siento por ti. Tengo yo la culpa por haberte traído conmigo. Debí venir solo.

—De todos modos —le atajó Nadia— hubiese sido lo mismo. Si el Hombre de la Luna destruye la Tierra…

—Pero esto es peor que morir —saltó Baltuk—. Tú no los has visto. Trabajan ahí fuera. Son como muñecos, igual que los robots. ¡Si supieras…! Quisiera escapar por ti, porque…

Guardó silencio y tragó saliva. Le parecía ridículo confesarle sus sentimientos en semejantes circunstancias. Claro que si no se lo decía entonces, ¿cuándo iba a hacerlo? Volvería von Keit y ya no podría participarle su cariño. Tenía que decírselo. Era como si algo le quemase el pecho y le abrasara la garganta.

—¿Por qué? —preguntó ella.

Baltuk quitó los ojos de la pantalla y la miró. Esperaba su contestación con ansiedad. ¿Habría adivinado sus pensamientos?

—Porque… te quiero.

Sí, la quería con toda su alma y más ahora que se sentía incapaz de defenderla.

—Yo también te quiero —confesó Nadia.

No era momento ni lugar para confesarse su cariño; mas ¿cuándo iban a hacerlo si no? Eran como dos condenados a muerte, a quienes les enseñaron la maravilla de la vida por la ventana de una ilusión irrealizable.

Cuanto les rodeaba simbolizaba la muerte. La Luna, con su superficie resquebrajada, con sus montañas sin vegetación, con los cráteres de los volcanes inactivos. Incluso la gruta en que trabajaban los hombres-máquinas tenía una vida falsa, ficticia, que desaparecerían en el momento en que los elementos ideados por el hombre dejasen de funcionar.

Sólo ellos dos representaban algo realmente vivo, dos corazones palpitantes, dos almas enamoradas. Mas estaban aherrojados, condenados a algo peor que la muerte.

Cada minuto que transcurría significaba un paso más hacia la desesperación y también hacia la esclavitud.

Baltuk volvió a forcejear para liberarse de la correa que le aprisionaba, pero obtuvo el mismo resultado que antes. Le dolían los brazos, el pecho, los hombros, del esfuerzo.

Nadia ni siquiera intentaba desatarse. ¿Para qué? Si él no lo conseguía, ¿cómo iba ella a lograr liberarse de la correa?

Volvieron los ojos a la pantalla, una vez más. Todo seguía igual que antes. Luego miraron al reloj electrónico. ¿Cuantas horas habían transcurrido desde que von Keit había abandonado la Luna? Muchas.

Allí todas las horas eran iguales. La noche y el día eran lo mismo. Nadia, cansada, cerró los ojos y se durmió. Baltuk miro alrededor, buscando algo con que deshacerse de la correa que le aprisionaba a la silla.

No, no había nada que le sirviese, y aunque lo hubiese, ¿cómo iba a cogerlo sin poder mover los brazos?

Nadia, la cabeza reclinada en el pecho, dormía. ¡Qué bonita estaba!

En la pantalla se reflejaba la Tierra. Las bombillas seguían luciendo, continuaban oyéndose las señales de siempre. Baltuk volvió a pensar en deshacerse de la correa. Dio un tirón y crujió el respaldo de la silla. Tampoco esta vez consiguió nada.

Luego pensó que, después de todo, le daba lo mismo liberarse o no de la correa. Aunque consiguiera soltarse de ella, ¿cómo iban a salir a la superficie de la Luna sin escafandra? En cuanto abandonasen el subterráneo morirían.

Tornó a mirar el reloj. ¡Qué deprisa pasaban las horas! Habían transcurrido más de veinticuatro desde que von Keit abandonó la Luna.

En aquel momento despertó Nadia y le miró sobresaltada.

—Ya ves —dijo Baltuk—, todo sigue igual. No he conseguido soltarme.

Era verdad, todo seguía igual. Ellos, prisioneros en las sillas, las bombillas encendiéndose y apagándose y la Tierra, como una bola

enorme, reflejada en la pantalla.

Pasaron más horas y nada sucedía. Sin embargo, presentían que el momento estaba llegando.

Ya no quitaban los ojos de la pantalla. La angustia y la desesperación les subía a la cara. Contaban los minutos con ansiedad.

Ellos realmente no importaban ahora, sino la Humanidad, los millones de hombres que poblaban la Tierra.

—¿Tienes miedo? —preguntó Baltuk.

Nadia contestó que sí. Preferiría no presenciar lo que iba a ocurrir, no ser testigo de la gran tragedia. Sin embargo, seguía mirando a la pantalla. La Tierra, como una bola enorme, flotaba en el vacío. Montañas, mares, bosques, desiertos, giraban lentamente.

Y, también, ciudades, pobladas de seres humanos ensoberbecidos, vanidosos, fatuos, rindiendo culto a sí mismos y a su limitado poderío.

De pronto la Tierra se vio envuelta en una tremenda llamarada, que cegó momentáneamente a Baltuk y a Nadia. Ésta dio un grito y agachó la cabeza. Baltuk cerró los ojos.

Cuando volvieron a mirar a la pantalla, sólo humo vieron, un humo espeso que poco a poco fue diluyéndose en la nada. Después, en el lugar de la Tierra, el vacío.

—Todo ha concluido —dijo Baltuk.

—¿Y ahora?

La pregunta quedó flotando en el aire. El Hombre de la Luna haba cumplido su palabra. Ahora volvería allí y les convertiría en sus esclavos, en máquinas. ¿Qué podrían hacer? Nada.

Ése nada les aterraba. Habrían de esperar a que volviese. Vendría jactándose de su obra, de su poder, tendrían que escucharle. Luego…

Baltuk tornó a mirar alrededor con ansiedad, los puños prietos, los labios fruncidos. Ya no les importaba la pantalla, únicamente, ellos y el reloj, que marcaba los minutos, las horas, el tiempo.

Baltuk examinaba con atención cuanto tenía a su alcance. Nada le servía para su propósito. Habrían de seguir esperando hasta que…

Súbitamente se le ocurrió una idea. Tal vea aquello…

—Nadia, se me ha ocurrido que… —dijo.

Hizo girar el asiento con los pies y quedó de costado al cuadro de mandos. Una de las bombillas más potentes lucía a la altura del respaldo de la silla.

Nadia había dejado de llorar y le miraba entre asombrada y expectante.

En la pantalla no se veía nada, ni humo siquiera, La Tierra había desaparecido.

CAPÍTULO VIII



quél era el último recurso para liberarse de las ligaduras. La correa que le sujetaba a la silla no era cuero sino un material plástico, un material que, seguramente, con el calor se rompería.

La bombilla quedaba a unas pulgadas de distancia de la correa, sin embargo, le llegaba bastante calor.

Baltuk y Nadia esperaron con ansiedad. ¿Resultaría el experimento? Era cuestión de paciencia y de tiempo. Tardaría horas en reblandecerse la correa y mucho más en quemarse.

No obstante, ésa era la última y única probabilidad que les quedaba de poder escapar, al menos poder andar libres por allí, de buscar el medio de volver al turborreactor y huir de la Luna.

Todo eran probabilidades, suposiciones, deseos.

Baltuk dio un tirón. Parecía como si la correa se hubiese reblandecido algo, como si cediera. Iban por buen camino. Había que seguir esperando. Y entretanto, pasaban las horas. El Hombre

de la Luna estaría ya de vuelta. Quizá llegase antes que ellos lograran librarse de las correas. Antes que…

Algo pasó por delante de la pantalla, como una sombra. Era von Keit que volvía.

Baltuk dio otro tirón y cedió más la correa. Tal vez ni llegara a romperse. Sin embargo, cedía. Haciendo un gran esfuerzo, podría sacar un brazo. Lo hizo lo sacó. Dio la vuelta a la correa y soltó la hebilla. ¡Ya estaba libre!

Se puso en pie y corrió a dejar en libertad a Nadia. Le costó poco conseguirlo.

—¡Nadia, mi vida! —dijo.

Y ella, a pesar de sus lágrimas, de su angustia y de su ansiedad, se echó en sus brazos. Baltuk la besó. Un beso largo, en el que se mezclaba la ansiedad, el amor, la desesperación y la angustia.

—¿Has visto? —preguntó él.

Y los dos llevaron los ojos a la pantalla, blanca, sin sombra alguna; sin mancha alguna, donde se reflejaba la inmensidad de la nada.

—La Tierra ya no existe —murmuró ella.

—Ni la Humanidad —añadió él.

Era verdad. Todo había desaparecido, la Tierra, los hombres. Sólo quedaban ellos y von Keit.

Fue al recordarle cuando recordaron, también, que tenían que huir de allí. Que de un momento otro aparecería en el laboratorio, que volvería a hipnotizarles y a convertirles en simples muñecos que movería a su antojo.

Deshicieron el abrazo y se miraron interrogantes.

—¿Y ahora? —preguntó ella.

—No sé. Tenemos que ver si encontramos alguna escafandra por ahí. La necesitamos para salir de aquí —contestó Baltuk.

Dio media vuelta. Al hacerlo se enredó con las correas y estuvo a punto de caerse. Para evitarlo se apoyó en el cuadro de mandos. Impensadamente pulsó alguno de los botones y empezó a sonar un timbre.

Sin pararse a pensar lo que significaría aquello, cogió a Nadia de la mano y salió corriendo del laboratorio.

Como antes al entrar, las puertas se abrieron automáticamente a su paso El timbre seguía sonando a su espalda. Dejaron de oírlo

cuando volvió a cerrarse la puerta detrás de ellos, dejándoles en la sala de máquinas.

—Corre, corre —decía Baltuk.

Y ella corría. Pero ninguno de los dos sabía a dónde dirigirse. Allí estaban los hombres-máquinas y los robots, trabajando como siempre. Ninguno volvió la cabeza. En lugar de hombres semejaban engranajes de la gran máquina creada por von Keit.

—Corre —insistía Baltuk.

De pronto recordaron que iban sin escafandra, que no podrían abandonar la nave así, y que aunque lo consiguieran, ¿cómo iban a subir a la superficie de la Luna?

Baltuk volvió sobre sus pasos y recorrió la gran nave con la mirada. Al fondo, le pareció ver un montón de escafandras.

—Ven —dijo a Nadia.

Y tiró de ella.

Sí, eran escafandras, iguales a las de von Keit. Sólo tendrían que ponérselas y poner en funcionamiento el mecanismo que generaba aire dentro de ellas.

—Coge una —ordenó a Nadia.

Él mismo se la puso y en movimiento el mecanismo. Nadia le hizo señas de que respiraba bien.

Entonces Baltuk se colocó otra y puso en marcha el mecanismo. Sí, respiraba perfectamente. Ya podrían salir de allí, aunque…

Estaba el inconveniente de abandonar el cráter. ¿Cómo ascender hasta la cima de la montaña y bajar luego al llano?

De todos modos, había que intentarlo. Von Keit estaba al llegar y si les sorprendía aún allí…

Baltuk volvió a coger a Nadia de la mano y tiró de ella, en dirección a la puerta. No siguieron adelante. De pronto le dio un empujón y la obligó a esconderse detrás de las máquinas. Él se escondió también. El corazón les palpitaba más deprisa que nunca…

* * *

Para von Keit, aquello había sido el logro absoluto de sus siniestras aspiraciones. Resultó bien sencillo. Valiéndose de sus potentes aparatos de a bordo, vio cómo las gentes corrían, aterrorizadas, al darse cuenta de que se aproximaba velozmente a la

Tierra.

No lo hizo inmediatamente. Tardó unos minutos en soltar la bomba de «triato». Luego se apartó, aún más, de la Tierra. No quería encontrarse en medio de la onda expansiva.

Al tocar la bomba con el suelo, surgió una llamarada infernal y una espesa columna de humo que ascendió millas y millas.

Pero él estaba demasiado lejos para recibir los efectos de la explosión. Desde donde se encontraba siguió mirando para ver el resultado de su hazaña.

Y el resultado fue que cuando se disipó el humo, la Tierra había desaparecido, y, con ella, los hombres.

Nada quedaba de la odiosa humanidad, de sus semejantes. Una carcajada refrendó sus pensamientos.

Ahora sólo quedaba él. Aunque no, estaban también ellos, los pilotos que habían ido a la Luna con el propósito de evitar que destruyese a la Tierra.

Durarían poco, al menos como seres humanos. En cuanto llegase a la Luna les convertiría en muñecos; máquinas como los otros.

Forzó la marcha del aparato. Quería llegar cuanto antes a la Luna, enfrentarse con Baltuk y Nadia y preguntarles: «¿Habéis visto?».

Y ellos le mirarían asustados y maravillados de su poder. Ellos…

Ya llegaba a la Luna. Era su reino, sus dominios. El reino de la soledad y de la desolación. Pero ¿qué importaba la soledad y la desolación para un hombre como él, que amaba la soledad?

Seguiría inventando más máquinas, adentrándose más y más en los misterios de la naturaleza. Haría de la Luna un mundo maravilloso, con la ayuda de la ciencia, y quizá encontrase el medio de conseguir la inmortalidad.

Ésa era su aspiración suprema: ¡la inmortalidad! Sí, lo conseguiría, ¿por qué no iba a conseguirlo?

Descendió suavemente sobre la superficie rugosa de la Luna y fue deslizándose, despacio, hasta la cueva donde encerraba el aparato.

Volvía contento.

Encerró el aparato en la cueva y volvió a salir en busca del otro, el que empleaba para viajar por la Luna y bajar al fondo del cráter.

Estaba donde lo había dejado al marcharse. Subió a él y lo puso

en marcha. Se elevó sobre las montañas, hasta que alcanzó aquélla donde tenía su refugio y sus tesoros.

Dio a la palanca de descenso y comenzó a descender al fondo del cráter.

Ya estaba de nuevo en casa. El aparato tocó el suelo y se detuvo. Von Keit abrió la portezuela y salió afuera. Antes de entrar al subterráneo, miró a lo alto.

Allí arriba, estaba antes la Tierra. Él la había hecho desaparecer, él a quien los hombres convirtieron un día en esclavo, que mataron a su hijo y dejaron morir de hambre a su mujer y a su hija. No, no experimentaba el más ligero remordimiento. Si él no les hubiese destruido, le habrían destruido cualquier día. Después de todo, había sido el poder de la ciencia. Había llegado más lejos que ellos.

Se abrió la puerta que daba entrada al subterráneo. El mosconeo de las máquinas le golpeó los oídos. Miró hacia ellas, con orgullo. Todo aquello era obra suya, máquinas, robots y también los hombres. Sí, los hombres. Ya no eran como antes, carecían de facultad de obrar por propia iniciativa. Obraban a su dictado. Ninguno podía rebelarse contra él. Despacio atravesó la gran nave.

Los robots y los hombres-máquinas trabajaban incansables. Sonrió, orgulloso y satisfecho.

Ahora iría a ver a los otros, al hombre y a la mujer que tenía sujetos a las sillas. Antes de nada les preguntaría qué les había parecido el espectáculo con que les había obsequiado. Les diría…

Se abrió la puerta del laboratorio, a su paso, y miró para dentro. Dio un respingo y soltó una maldición.

Los pilotos terrestres no estaban donde los había dejado. Sin embargo, no podrían escapar. Les destruiría donde les encontrase. Echó mano al cilindro del fluido desintegrante y empezó a buscarles por la habitación.

Entonces fue cuando oyó el timbre que había empezado a sonar al apoyarse Baltuk en uno de los botones del cuadro de mandos.

Von Keit se volvió para allá, abrió mucho los ojos y palideció intensamente. El cilindro del fluido desintegrante se le cayó de las manos.

Ni siquiera se paró a recogerlo. Como loco, salió corriendo del laboratorio…

* * *

Le vio entrar, a tiempo. Por eso empujó a Nadia detrás de las máquinas y se escondió él también.

El Hombre de la Luna pasó casi rozándoles; pero no les vio. Siguió adelante. Baltuk respiró tranquilo.

No obstante era necesario darse prisa a escapar. Von Keit tardaría apenas unos minutos en darse cuenta de su desaparición y saldría a buscarles enseguida.

Aún no había entrado aquél al laboratorio cuando ellos salían ya de detrás de las máquinas.

Baltuk tiraba de Nadia, obligándola a correr.

—Vamos, vamos —decía, aunque ella no podía oírle, con la escafandra.

No era menester que le oyese. Se jugaba la vida y no podía ignorarlo. Atravesaron corriendo la gran nave y llegaron a la puerta.

Ni una sola vez miraron para atrás. Si hubiesen mirado, habrían visto que von Keit iba corriendo detrás de ellos, con la escafandra en la mano y un gesto de terror irreprimible en su rostro.

Contaba los minutos, mientras corría, mirando su reloj de pulsera. Faltaba escasamente un cuarto de hora para que ocurriese lo irreparable. Bien lo sabía él. Desde que pusieran en movimiento el mecanismo, habían pasado ya otros quince minutos.

Ciego en la huida, ni siquiera se dio cuenta de que Baltuk y Nadia corrían delante de él. Los vio cuando se abrió la puerta y salieron al cráter. Apretó el paso, con ánimo de alcanzarles. Tenía que impedir que escapasen con su aparato, porque si conseguían huir con él…

Sudores le entraron de pensar lo que ocurriría si no lograba darles alcance antes de que subieran al aparato en forma de hongo.

Corría a saltos, con la lengua fuera, golpeándole en el pecho el corazón.

Sin embargo, Baltuk y Nadia, más jóvenes, corrían más que él. También ellos, aunque ignorando los motivos por los que el Hombre de la Luna quería escapar de allí, tenían prisa. Les aterraba pensar el que volviesen a caer en su poder.

Fuera, como esperándoles, el aparato en forma de hongo. Baltuk

empujó a Nadia hacia él y la hizo entrar deprisa. Detrás entró él.

Antes de hacerlo, miró para atrás. El Hombre de la Luna venía siguiéndoles, les hacía señas de que le esperasen.

Baltuk cerró la puerta de golpe, y puso el aparato en marcha. Se elevó hacia lo alto de la montaña.

Von Keit, aterrado, vio cómo se le escapaban los prisioneros en el «hongo». Aún tuvo un intento de rebeldía. Sin acordarse de que había dejado caer el cilindro de fluido desintegrante en el laboratorio, empezó a buscarlo febril.

No, no lo tenía. De ese modo se veía obligado a dejar escapar a sus prisioneros. Mas lo peor no era eso, sino lo otro. Su vida estaba en juego. Era necesario huir de allí, antes de que…

Volvió a mirar el reloj. ¡Faltaban diez minutos! Por dentro de la escafandra le resbalaba el sudor. A pesar de ello, sentía frío. Enloquecido, corrió hacia las paredes del cráter. A cuatro manos quiso subir por ellas. Resbalaba, perdía el terreno ganado. Y otra, vez volvía a empezar.

Hasta que al comprender la inutilidad de sus esfuerzos, se quedó sentado en el suelo y mirando para lo alto.

Ya no veía el «hongo». Sólo la boca del cráter, casi circular, rematando la cúspide de la montaña.

Ellos iban a escapar. Miró el reloj de nuevo. Faltaban ocho minutos. No obstante, en esos ocho minutos él podría evitar que escapasen. Concentró sus pensamientos y dio una orden mentalmente…

* * *

Al llevarles para el subterráneo, Baltuk se fijó cómo manipulaba en el aparato el Hombre de la Luna. Aquella palanca, para elevarse; la otra, para descender. La de más allá, para dirigirle en la dirección que quisieran. Era bien sencillo de manejar.

No perdió un solo segundo en ponerlo en movimiento y se elevaron, con rapidez, hasta lo alto de la montaña. Después lo hizo, pasar por encima de ella y empezó el descenso.

Por el ventanillo que llevaba a propósito, veían la superficie de la Luna, sus rugosidades, sus grietas, las simas profundas, sus…

¿Qué era aquello?

Algo se movía abajo. ¿Hombres? No, los robots. Von Keit les dirigía desde el cráter. Iban en dirección al turborreactor. Sin duda pretendían inutilizarlo para que no pudiesen escapar.

Nadia contó los robots.

—Doce —dijo.

—Los mismos del otro día —aclaró Baltuk.

Iban corriendo. Sin duda llegarían antes que ellos al turborreactor. Además, ¿cómo podrían luchar con todos? Una vez les había salido bien; pero ¿dos les resultaría igual?

Era muy aventurado saltar al suelo y enfrentarse con ellos. También o más aún, lo era el dejarles que llegasen al turborreactor. Obedeciendo el mandato de von Keit, lo destruirían, y entonces…

Había que hacer algo para evitarlo. Seguían volando en el «hongo» y los robots acercándose cada vez más al turborreactor.

Nadia consultó a Baltuk con la mirada. Éste echó mano a la palanca de maniobras y se encogió de hombros. Volaban a unos palmos del suelo, no, no sabía qué hacer para evitar que los robots llegasen al turborreactor, que les impidieran huir de la Luna.

Miraban por el ventanillo. En sus miradas había ansiedad y angustia. Los robots, rígidos, los brazos colgándoles a los costados y la cabeza alta, avanzaban como un pelotón de soldados de plomo. Estaban apenas a unas yardas del turborreactor…

* * *

Les ordenó, mentalmente, que fuesen al turborreactor y lo destruyesen. Podía hacerlo. Desde lo hondo del cráter se les figuraba corriendo por la llanura. Soldados mecánicos que obedecían fielmente sus órdenes.

—Corred, corred —murmuraba.

Estaba seguro de que corrían, de que cuanto más dijese que corriesen, más correrían. Por eso se lo repetía una y otra vez.

Sólo se interrumpía para mirar el reloj. Adelantaban las manillas inexorablemente. Un segundo, otro. Un minuto y, después, otro.

Volvió a intentar trepar por las laderas del cráter y otra vez hubo de desistir de hacerlo.

Recordó sus proyectos de cuando regresaba a la Luna. Sus ambiciones. ¡Alcanzar la inmortalidad! Ahora sabía que no podría

alcanzarla jamás, que le quedaban cinco minutos de vida. ¡Si pudiese parar el tiempo!

No, no podía pararlo, como tampoco podía parar aquello que estaba en marcha. Era obra suya. Claro que no lo hizo para destruirse a sí mismo, sino para emplearlo en caso de necesidad, pensando en la eventualidad de que algún día tuviese que abandonar la Luna.

Sin embargo, iba a morir. Tenía la certeza de ello. Le quedaban… ¿cuánto? ¡Cuatro minutos!

Pero los robots ya habrían destruido el turborreactor de los terrestres. Ellos morirían también. Desaparecería totalmente la especie humana.

—Deprisa, deprisa —dijo.

Su pensamiento lo tenía puesto ahora en los robots. Les ordenaba que destruyeran el aparato de Baltuk y Nadia. Incluso, incapaz de salir de allí, se consideraba invencible.

Estarían golpeando los mandos con sus manos más duras que el acero, machacarían los mecanismos, lo convertirían en chatarra, y los terrestres no podrían escapar de la Luna.

Von Keit se sentía omnipotente. No obstante le roía por dentro la desazón de su propio peligro. No, no era omnipotente, como tampoco inmortal. Porque iba a morir. Le restaban dos minutos de vida.

Después, ya no midió el tiempo en minutos, sino en segundos. Fue contándolos uno a uno. A cada segundo, una gota de sudor le resbalaba por la frente. Le parecía que así alargaba más el momento supremo.

Ya ni siquiera se acordaba de los robots ni de los que habían escapado con su «hongo». Después de todo, no era más que un hombre en trance de morir.

Los dedos agarrotados en el reloj, miraba cómo la manecilla de los segundos adelantaba incansable, a saltitos. Contaba:

—… quince, dieciséis, diecisiete.

De pronto soltó una maldición y lanzó el reloj lejos de sí. De ese modo ya no vería cómo se le acercaba la muerte paso a paso. Casi de bruces en el suelo, se cogía la escafandra entre las manos. A pesar de todo, seguía contando:

—Dieciocho, diecinueve, veinte…

Y es que era más fuerte su miedo a morir que cuantos propósitos se hacía de olvidarse de ello.

—… veintiuno, veintidós.

Dio un salto y se puso de pie. Miró a lo alto. En aquel instante comprendió que había ido demasiado lejos en su odio hacia la Humanidad, que jamás debió poner toda su alma en las ciencias, que no era más que un hombre y que siendo hombre había querido elevarse demasiado, movido por la soberbia, el orgullo y el rencor.

Junto al sudor, le resbaló una lágrima por la mejilla. Y esa lágrima pareció como si mitigase sus dolores, su rencor y su miedo a morir.

Von Keit volvió a sentirse hombre…

* * *

A Baltuk se le ocurrió una idea de repente. Sí, aún podría evitar que los robots destrocasen el turborreactor. Estaban ya muy cerca de él; pero si se daba prisa…

Manipuló en los mandos y el «hongo» giró bruscamente, cambiando de dirección. Nadia se asustó. Pensó que iban a chocar contra el turborreactor. Pasaron rozándole. Más lo que Baltuk pretendía era evitar que los robots llegasen hasta él. Metiéndose en medio, formaba un muro impenetrable entre los robots y el turborreactor. Además…

Tan bruscamente como giró antes para evitar que los robots llegasen al turborreactor, enfiló contra ellos. Los robots seguían avanzando, casi codo con codo, y el «hongo» fue a chocar con ellos. Los barrió materialmente. Ni uno solo quedó en pie.

Después, Baltuk detuvo el aparato en el suelo y Nadia y él saltaron afuera. Corrieron al turborreactor. Ignoraban lo que podría ocurrirles si continuaban en la Luna.

Una vez dentro, lo pusieron en marcha. Despegó velozmente. Llevaban recorridos unos, centenares de millas por los espacios cuando sobrevino la explosión. Nadia y Baltuk corrieron a asomarse al ventanillo. ¿Qué había ocurrido?

Allí abajo se veía aún una llamarada semejante a la que vieron en la pantalla cuando von Keit lanzó su bomba de «triato» contra la Tierra.

Baltuk forzó los motores. Después de la llamarada surgió una columna de humo espeso que se elevaba millas y millas en los espacios, y esa columna de humo, de materias radiactivas, parecía perseguirles.

Pero no los alcanzó. Muy lejos ya, vieron cómo la llamarada y humo desaparecieron poco a poco.

Y con ellos la Luna. Baltuk apretó la mano de Nadia entre las suyas. No dijo nada. ¿Qué podrían decir? Una vez más habían escapado milagrosamente del peligro.

Lo que no sabrían jamás, era que ellos mismos, Baltuk al caerse sobre el cuadro de mandos y apretar inconscientemente un botón puso en movimiento el mecanismo que destruiría a la Luna.

Van Keit, receloso, lo había preparado de antemano. Temía que algún día, a pesar de todos sus adelantados, pudiesen llegar los hombres a la Luna y apoderarse del fruto de su trabajo.

Puso una buena carga de «triato» en las entrañas de la Luna y un mecanismo conectado con ella, que estallaría a la media hora justa de pulsar el botón que apretó Baltuk sin darse cuenta.

En media hora le daría tiempo a escapar —pensaba—, y los que quedasen en la Luna sucumbirían irremisiblemente. Pero no contaba con la Providencia. Ah huir Baltuk y Nadia en el «hongo», le fue materialmente imposible salir del cráter. Allí había muerto.

—Ha sido en la Luna —dijo Baltuk.

Y Nadia asintió con la cabeza.

Guardaron silencio un buen rato. Después comentó ella:

—Estamos solos.

Asintió Baltuk. Sí, estaban solos. Ya no existían la Tierra ni la Luna. Además, ellos, ¿cuánto durarían?

Viajaban por los espacios siderales, perdidos en la inmensidad del universo, sin saber a dónde dirigirse. Lo mismo les daba ir para un lado como para otro. Se sentían náufragos en un océano sin olas, en un mar sin fondo y sin orillas.

Estrellas a derecha e izquierda, mundos sin vida de cuando en cuando. Y ellos, un minúsculo aparato inventado por los hombres, lo único que quedaba de los hombres.

—¿Tienes miedo? —preguntó Baltuk a Nadia.

—No, no tengo miedo —contestó ella.

—¿Por qué?

No sabría decirlo. Se sentía segura a su lado. De pronto, preguntó:

—Tú crees en Dios, ¿verdad?

Baltuk sonrió.

—Sí —dijo.

—¿Y Él está en todas partes?

—¡Claro que está en todas partes!

—Entonces, ¿nos estará viendo?

Baltuk volvió a sonreír y le pasó la mano por la cabeza, la acarició y murmuró:

—Sí, nos estará viendo.

Nadia sonrió también. Con la frente arrimada al ventanillo, miraba para afuera.

—Por eso no tengo miedo —dijo, al cabo del rato.

Los dos, las manos enlazadas, muy cerca el uno del otro, observaban la inmensidad sin límites de los espacios siderales. Estrellas en la lejanía, mundos remotos, y ellos, los únicos supervivientes de la especie humana, perdidos en el tremendo vacío de la nada…

EPÍLOGO

Un día, otro y otro viajando por los espacios siderales. Se terminaba la carga de los motores, los víveres, el agua. ¿Qué ocurriría cuando se les acabara todo, cuando, los motores dejasen de funcionar?

Pero no querían pensar en eso. Continuaban manteniendo la esperanza. Aunque ¿esperanza de qué? Si la Tierra no existía, si no encontraban más que planetas sin vegetación, y sin vida, ¿a dónde podrían ir a parar?

—Una vez leí un libro que se titulaba «Historia de Cristo», —comentó Nadia—. En él, hablaban del Hijo de Dios. ¿Lo has leído tú?

Baltuk contestó con un gruñido. No era que estuviese enfadado. Lo que sucedía era que acababa de ver algo que llamaba su atención. Le había parecido…

—Mira —llamó la atención de Nadia.

Y ella miró para donde le indicaba.

—Es un planeta —dijo.

Parecía distinto a cuantos habían dejado atrás. Daba la sensación de estar rodeado de una capa atmosférica. Baltuk dirigió el turborreactor hacia allí.

Milla tras milla, fueron acercándose al planeta. Ya distinguían sus montañas, sus valles, sus bosques. Sí, aquél era un planeta muy semejante a la Tierra. De no haber visto como ésta desaparecía ante sus ojos, hubiesen dicho que era la Tierra.

Lo que no veían era ciudades, casas. Daba la sensación de ser un mundo deshabitado, virgen.

Descendieron aún más. Fallaban los motores. De haber habido habitantes, desde aquella altura tenían que haberles visto. Lo único que veían bajo ellos, era una vegetación exuberante, árboles gigantescos, campos cuajados de flores, una maravilla de colores.

Baltuk buscó un sitio donde tomar tierra. Allí había una gran

llanura, como puesta a propósito para descender ellos.

—Si llegamos a tardar unos minutos más en encontrar esto —dijo—, hubiésemos perecido.

Nadia callaba. Acababan de tocar tierra. El turborreactor se posó suavemente en el suelo.

Abrieron las portezuelas y salieron al exterior. Baltuk saltó el primero afuera. El aire le acarició la cara. Lo aspiraron con fruición, con ansia.

Por encima de ellos, saltando de árbol en árbol, cantaban los pájaros. Animales de hermosos colores que ni siquiera se asustaban por su presencia allí. Baltuk y Nadia observaban, con admiración, cuanto les rodeaba.

De pronto, Baltuk se paró, se dejó caer de rodillas al suelo y murmuró:

—Gracias, Señor.

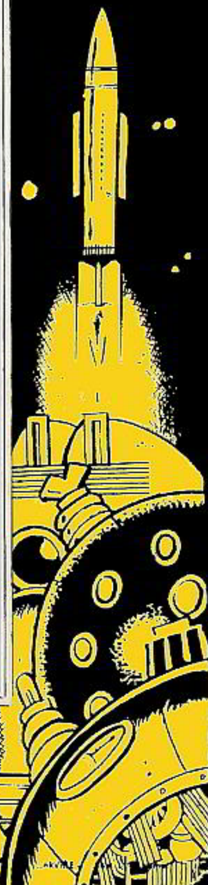
Nadia, la dulce Nadia, hizo lo mismo. Sabía que Él no les abandonaría, que estaba en todas partes, que incluso en aquel momento, les estaba mirando. Y sonrió como nunca había sonreído. El alma le afloraba a los labios.

—Seremos buenos —prometió, en un murmullo—. Tú lo has querido.

Y un pajarillo de muchos colorines fue a posarse en su hombro. Baltuk y Nadia echaron a andar, cogidos de la mano. Así debían de ir el primer hombre y la primera mujer por el Paraíso…







Escena de EL REY DE LOS MONSTRUOS, de Mahier Films.

Precio en España: **6.- ptas.** En Argentina: **4 pesos**

Félix Martínez Orejón, utilizó el seudónimo de Fel Marty, también empleó el seudónimo de Bromley Carsson, y en una sola ocasión el de Martin Bradley; era un hombre que simultaneaba la escritura de novelas populares con su carrera como Policía Nacional, de la que probablemente extrajo más de una idea para sus historias.

El 18 de Febrero de 1939 —poco antes de finalizar la guerra civil—. Félix Martínez Orejón se examina para conseguir una plaza en el Cuerpo de Agentes Auxiliares interinos del Cuerpo de Investigación y Vigilancia, cuerpo del que se nutriría a partir de 1941 el futuro cuerpo general de la policía, siempre y cuando «hubiesen demostrado ser leales al Régimen, y reuniesen las condiciones físicas, morales, y psicológicas necesarias». Félix Martínez Orejón entra dentro del grupo de autores, fervientes nacionalistas durante la guerra, pero que fueron perdiendo poco a poco la ilusión por el régimen de Franco durante la posguerra, tal y como refleja su narración sobre los falangistas supervivientes de «Cuando las cruces no se alzan al cielo», publicada en 1968.

Al margen de la literatura popular, escribió obras de mayor calado, como «Turno de felix-martinez-orejon-cuando-las-crucesguardia», publicada en 1956, novela que trata sobre sus experiencias en el cuerpo de policía, «Hambre de amores» (1972), «La topera» (último libro publicado suyo que yo conozca, en 1973) o la ya mencionada «Cuando las cruces no se alzan al cielo», que obtuvo el premio literario «Inmortal Ciudad de Gerona» en 1967, dotado con la nada desdeñable cantidad para la época de
100 000
pts
(600 €),
que equivaldrían a unos
13 000 €
actuales. Todas ellas fueron firmadas con su nombre auténtico.

Respecto a su obra dentro del ámbito de la literatura popular, Fel Marty abarcó prácticamente todos los géneros, pero con especial dedicación por el policiaco, especialmente dentro de la editorial Rollán, con gran representación de su obra dentro de la colección Fbi.

Dentro de la ciencia ficción, participó en la colección Espacio el mundo fututo de Toray con un único título, «Objetivo: la luna», n.º 98 de la colección, y otra novela, «Un negro agujero», publicada inicialmente en Nova Rollán en 1970, reeditada posteriormente en la colección Galaxia 2001.

En el género de terror sólo conozco una incursión editada en la colección Easa Terror, en su n.º 175, «¡Quiero vivir, quiero vivir!».

Donde destaca realmente su labor es en el género del Oeste, y, como ya he mencionado, en el policiaco.

Además, publicó en el n.º 19 de Murder Club de Rollán la novela «Buceando en el crimen», una buena oportunidad para poder juzgar al autor en una obra que por su longitud nos permite valorar mejor su capacidad como autor.

Biografiá extraída de la página: https://bolsilibrosmemoriablog.wordpress.com/